

EL CORREO DE ULTRAMAR

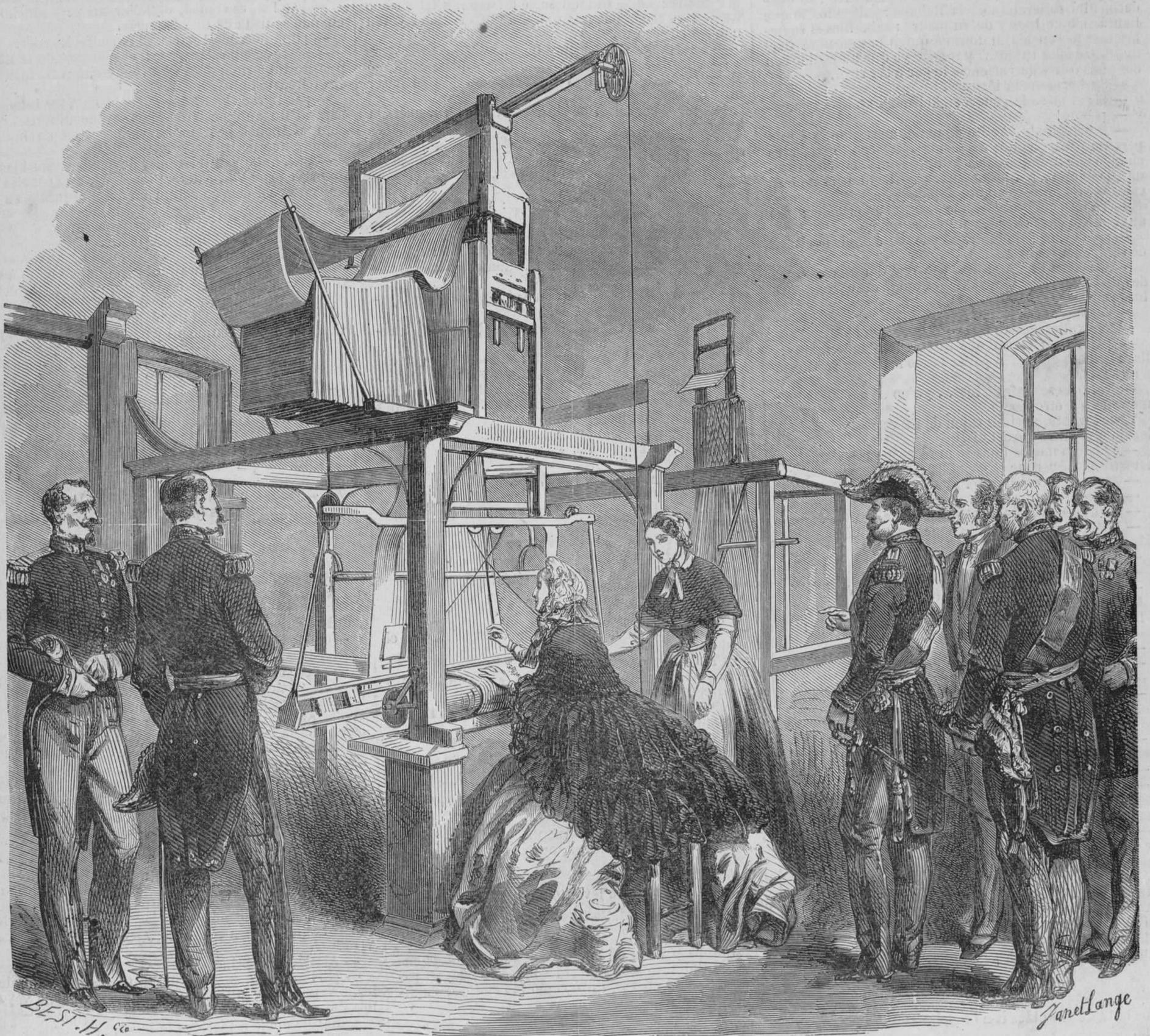
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saubier, núm 4, en Paris.

AÑO 19. — N° 402.



VIAJE DE SS. MM. — LA EMPERATRIZ TEJIENDO UNA FLOR EN EL PALACIO DEL TRIBUNAL DE COMERCIO DE LYON.

SUMARIO.

La emperatriz tejiendo una flor en el palacio del Tribunal de comercio de Lyon; grabado. — La Dama de noche. — Visita de SS. MM. al palacio del Tribunal de comercio de Lyon; grabado. — Revista de los condecorados con la medalla de Santa Helena en el palacio de Bellas Artes en Lyon; grabado. — Entrada de SS. MM. en la ciudad de Chambéry; grabado. — Revista de París. — Un azar del Rey Chico de Granada. — Viaje del emperador; grabados. — Luisa Maximiliana de Stolberg. — Operaciones de Garibaldi; grabados. — Brusos y Maronitas. — Revista de la moda. — Los niños de las Salas de asilo de Chambéry; grabado. — Paso de SS. MM. por la ciudad de Aix; grabado.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuación.)

— Sin embargo, Margarita...
— ¡Que te ama Margarita! ¡ya lo creo, hijo! ¡pues no ha de amarte si eres muy rico!
— Infinitamente mas rico que yo era el marqués y no le amó.
— Porque el marqués no la sitió por hambre, porque no la impuso condiciones, porque no la disputó nada.
— Tú estás loco.
— Pues me creo muy juicioso, puesto que no voy mas allá de lo positivo: ¡dinero! ¡dinero! ¡dinero! hé aquí todo.
— Cásate con Ines.
— ¿Y dónde está Ines? exclamó pensativo: se quedaron allá miserables en la Habana: sabe Dios lo que habrá sido de Ines y de su madre: sabe Dios si se habrá casado con algun tonto á quien basten unos hermosos cabellos rubios... y pensar yo que he podido con dos años ó tres de paciencia llegar á ser rico...
— Su hermana la buscará.
— Sí; si no se le pone á su hermana no buscarla.
— ¡Cómo!
— Desengáñate, Andrés; cuando necesitamos á una persona para que nos dé la buscamos con ansia; pero cuando tenemos que darla y tanto como Margarita tiene que dar á Ines... entonces... ¡bah! entonces no buscamos... ó al menos no nos damos prisa.
— Te juro que Margarita buscará á su hermana: mas aun, que la encontrará, y antes de mucho.
— ¡Tonto! exclamó mirándome como desde la altura de su grande experiencia Luis.
— Sea como quieras; pero te voy á dar una muestra de que tengo una gran confianza en que muy en breve Ines podrá ser tu mujer.
— Veamos: explicate.
— Mi explicación va á ser un hecho.
— ¡Ah!... en verdad que están sucediendo maravillas: ¿tienes guardada para cuando necesites exhibirla á Ines?
— No... no se trata de Ines... yo no sé nada de ella: me refiero á otro hecho.
Y me levanté, abrí un cajón de mi mesa, y saqué un legajo que entregué á Luis.
— ¡Ah! lo menos unas Memorias, me dijo; y deben ser antiguas, porque el papel ha tomado color.
— Abre, abre ese legajo: eso es dinero.
— ¡Dinero!
— Sí, doscientos cincuenta billetes de banco...
— Un millon de reales, exclamó Luis poniéndose pálido.
— Que te presto á condicion de que te cases con Ines.
— Pues me caso: voy á extenderte la obligacion...
— No: simplemente un pagaré.
Luis extendió el documento.
Despues puso el legajo sobre el velador y me dijo:
— Pero ¿y si no parece Ines?...
— No te casas.
— Entonces no te pago.
— En buen hora.
— Me has hecho feliz, Andrésillo: vas á ver... debo... afortunadamente no es mucho... unos seis mil duros... me quedan cuarenta y cuatro mil.
— Pon casa: esa casa que debe preparar todo hombre rico antes de casarse.
— ¡Hablas con una seguridad de mi casamiento!
— Ven mañana á las diez á verme, y te hablaré con mas seguridad: almorzaremos juntos y despues saldremos en carruaje.
— Vendré... y adios... siento impaciencia por empezar á gastar tu dinero... Verdaderamente eres un buen amigo, Andrés... adios y hasta mañana.
Y Luis salió enloquecido por una alegría febril.
Yo me sentí consolado.
Acababa de comprar á una desdichada el esposo á que su desgracia la habia destinado.
Mejor dicho: acababa de comprar su honra, y el nombre, la legitimacion de su hijo.

CCXVII.

Por la tarde vino Ines con el padre Morales y su hermana.

Una tristeza profunda cubria el rostro de la pobre niña, y estaba pálida hasta una intensidad que espantaba.

Me saludó con una sonrisa, me tendió la mano y me preguntó con una ardiente solicitud acerca de mi estado.

Despues se sentó frente á mí en la chimenea.

El padre Morales sacó una caja de rapé, y me ofreció un polvo que yo tomé por complacerle.

— Hemos sufrido mucho, don Andrés, me dijo la jóven mirándome de manera que causó en mí una sensacion extraña.

— ¿Ha estado Vd. tambien enferma?... la dije.

— Sí, y lo estoy, me contestó con tristeza: mi enfermedad es incurable; pero no es por eso por lo que todos, todos y particularmente yo, hemos sufrido, sino por Vd.

Y se puso por un momento vivamente encarnada.

— ¡Oh! gracias, la dije, empezando á comprender la situacion en que Ines se encontraba respecto á mí.

Temí que el agradecimiento de aquella desdichada no hubiese hablado demasiado alto en su corazon á favor mio.

— Sí; añadió: le debo á Vd. mucho, Andrés: le debo mucho.

Y dos lágrimas gruesas, tranquilas, rodaron por las pálidas mejillas de Ines.

— Sí, sí, dijo con una candidez espantosa doña Carmen, la hermana del padre Morales; no le deja á usted un momento de la boca; hasta durmiendo le nombra á Vd.

Ines se puso de nuevo vivamente encendida.

— Ya se ve, hermana, dijo el padre Morales acudiendo á poner un tapon al boquete que habia abierto la candidez de su hermana; este caballero es muy cristiano, muy caritativo, muy hombre de honor...

— ¡Gracias!... señor Morales, gracias.

— Es la verdad, señor mio, es la verdad: dijo con calor el eclesiástico: se encuentran muy pocos hombres por desgracia que tratándose de infortunios tales como los de Ines acudan de una manera tan cristiana y tan noble á su socorro.

— Esas desgracias las cura Dios...

— Y los hombres, por la voluntad de Dios; continuó el padre Morales... sin Vd. yo hubiera podido hacer muy poco...

— Orar y consolar: hé aquí todo lo que Vd. necesita hacer, dije.

— Porque Vd. hace lo demás, caballero, saltó doña Carmen: lo sabemos todo... todo... doña Ines nos lo ha contado todo... y algo mas que todo.

— ¡Cómo! ¡Ines!...

— Sí, contestó tristemente Ines: he encontrado en ellos todo el consuelo, toda la caridad, toda la franqueza que yo no me hubiera atrevido á esperar de personas á quienes acababa de conocer: todo lo saben: mi hijo está en su casa... yo paso... por... una casada separada de su marido.

— Ese marido, Ines, Luis de Arévalo, lo está disponiendo todo para unirse á Vd.

— ¡Está aquí! exclamó Ines con acento opaco y acreciendo su palidez.

— Sí, está aquí: es mi amigo: acaba de venir del extranjero donde ha hecho fortuna, y me preguntó los medios de encontrarla á Vd... me lo reveló todo...

— ¡Que me busca él! ¡eso es imposible! ¡él buscarme á mí, despues de haber hecho una fortuna! ¡Vamos, bien puede ser! añadió cambiando de tono.

— ¿Y no se alegra Vd. de encontrarle, de que la busque?

— Sí... sí... me alegro... mi hijo...

— Y su amor de Vd...

— Sí... y mi amor... pero tengo otro amor mas íntimo, caballero, un amor tierno, impaciente... el padre Morales y yo hemos cambiado secreto por secreto: él sabe mis desgracias, pero yo sé por él que mi hermana Margarita existe, que está en poder de un hombre... del marqués de la Roca...

— El marqués ha muerto...

— ¡Que ha muerto!...

— Sí... Dios se ha cansado de consentirle en el mundo...

— ¿Y mi hermana?...

En aquel momento y por una de esas coincidencias que parecen rebuscadas por un novelista para producir efecto, uno de mis criados dijo á la puerta del gabinete anunciando:

— La señora doña Margarita Galvez de la Roca.

Y se oyeron pasos precipitados de mujer que se acercaban.

CCXVIII.

Ines se puso de pié violentamente, pálida, estremecida, y fijó una mirada ansiosa, anhelante, imposible de describir.

Todos nos levantamos.

En aquel momento se levantó el tapiz de la puerta y apareció Margarita de riguroso luto.

Al ver que yo no estaba solo se detuvo, y por un momento no supo qué decir.

Su mirada pasó de mí á Ines, y al ver la mirada suprema, infinita, inmensa que Ines fijaba en ella, su palidez, su ansiedad, me miró como pidiéndome explicacion de aquello.

Yo hice un esfuerzo y dominé la situacion.

Me acerqué á Margarita.

— ¿Usted es valiente? la dije.

— Demasiado, por desgracia, me contestó.

Y su mirada en que habia algo de furor celoso contenido, devoraba á Ines.

— ¿Quién es esa jóven? me dijo con acento opaco y que yo solo pude oír.

— Armese Vd. de valor, la dije.

— Sí, sí; tengo valor sobrado, me dijo; pero concluyamos.

— Concluyamos, dije asiéndola de la mano y adelantando con ella hácia Ines: ¡la señora doña Ines Galvez de la Roca! añadió.

— ¡Mi hermana! exclamó Margarita en un grito intenso, casi inarticulado... y yo habia creído...

Y las dos jóvenas se arrojaron llorando la una en los brazos de la otra.

— Sí, sí; mi hermana, dijo Ines separando la cabeza de Margarita y reteniéndola entre sus dos manos: sí, es mas hermosa que mi madre... es la mirada de mi madre....

Llorábamos todos.

Por mucho tiempo no cesaron los besos, las caricias, los sollozos.

Al fin aquello se calmó.

Todos hicimos un violento esfuerzo sobre nosotros mismos.

Sucedió un silencio profundo, durante el cual las dos hermanas asidas de la mano se contemplaron con embriaguez.

— Necesito llevármela, dijo al fin Margarita: necesito tenerla á mi lado, y me la llevo.

Y se levantó y la asió de la mano.

— Un momento, señora, dijo el padre Morales metiéndose la mano debajo de la sotana y sacando una cartera y de ella un papel doblado: aquí está la prueba de su recíproco parentesco escrita por su señora madre de Vds.

— ¡Pruebas! ¿y para qué son esas pruebas? dijo Margarita.

— ¡Para los hombres!...

— ¡Ah! sí, es verdad, dijo Margarita: y mucho mas cuando se trata de una herencia.

— ¡Una herencia! exclamó el padre Morales.

— Sí, respondió Margarita: el marqués de la Roca... nuestro tío, primo de nuestra madre, nos ha instituido sus herederos universales.

— ¡Ah! gracias á Dios, exclamó Ines... ese infame repara al fin aunque tarde el daño que nos ha hecho: pero al menos podremos restablecer en su honra el nombre de nuestro padre.

— Sí... aunque hubiéramos de quedar reducidas á la miseria: tome Vd., Andrés; tome Vd. esos papeles con las copias del acta de defuncion del marqués y su testamento.

— ¿Quién ha dado á Vd. estos papeles?

— Me los ha llevado un escribano.

— ¿Y M. Rouget?

— Desde que le vimos juntos no le he vuelto á ver. Ahora nada me impide llevármela, y me la llevo.

En efecto, Margarita se llevó á Ines.

El padre Morales y su hermana, asombrados, conmovidos, se despidieron de mí y me dejaron solo.

CCXIX.

Examiné las copias que me habia dejado Margarita. El testamento del marqués representaba una enorme fortuna.

En el acta de defuncion, un médico grave certificaba bajo su firma que el marqués habia muerto naturalmente de congestion cerebral.

Al leer esto sentí un horrible calofrío, y guardé aquellos papeles en lo mas profundo de mi secreter.

CCXX.

Al dia siguiente á las diez en punto, Luis entraba en mi gabinete.

— Soy feliz, me dijo: tú me has dado la felicidad dándome dinero, y amo... amo como un loco...

— ¿A Ines?

— A Ines.

— ¡Por rica!...

— Indudablemente: pero es el caso que al recordarla me parece hechicera, encantadora, subime: la amo de veras, Andrés, la amo de veras: y me parece que soy otro... hasta los remordimientos han huido de mí... ya no me restrego las manos: la sangre de mi tío Lorenzo, aquella sangre que se me pegó á ellas cuando ayudé á mi tío Juan á borrar los indicios del crimen ha desaparecido... el dinero es un talisman maravilloso... pero vamos claros... ¿conoces tú á Ines? ¿Sabes dónde está?

— Sí: está casa de su hermana.

— ¡Casa de Margarita!

— Sí.

— ¿Pues qué, Margarita tiene casa?

— Sí por cierto, y hace mucho tiempo, y magnífica.

— ¡Con el dinero de mi tío! ¡hé ahí porque no amaba á mi tío, porque no necesitaba amarle para sacarle dinero! aquel bribon estaba loco por ella. ¿Pero dónde vive?

— Alcalá, 170, principal.

— ¡Uf! lo menos cuatro mil duros anuales de alquiler... Vamos allá: almorzaremos allí: Margarita y yo nos llevamos bien.

— No: he dicho á Ines que la buscas.

— ¡Cómo! ¿has hablado con ella?

— Sí.

— ¿Y ella?

— Te ama.

Como habia mentido con Ines, mentia con Luis.

Yo queria ennoblecer todo lo posible aquel reanudamiento de relaciones hecho por una parte por el vicio ansioso de dinero; por otra por la restitution de honra.

— Sí: preciso... dijo Luis creyéndome: ¡si ella me adoraba! pues mira, esto me hace feliz: ¿y qué he de hacer?

— Yo la pediré una entrevista.

— ¿Cuándo?

— Dentro de algunos dias.

— ¿Muchos?...

— Cuando lo hayas preparado todo para casarte... y sobre todo cuando se hayan hecho las particiones de la herencia entre las dos hermanas.

— Si, sí, tienes razon: por supuesto que nos casaremos en un mismo dia... porque tú te casarás con Margarita.

Habia una ansiedad mal disimulada en la voz y en el semblante de Luis cuando me hizo aquella pregunta. Yo eludí la contestacion.

Almorzamos juntos, refinó mas y mas su cinismo, aquel cinismo delirante durante el almuerzo, y despues salimos.

Me obligó á que le acompañase á buscar casa.

Cuando me separé de él fui á ver á las dos hermanas.

CCXXI.

Un mes despues todas las formalidades legales estaban concluidas.

Nadie podia dudar de que doña Margarita y doña Ines de Fonseca de Galvez de la Roca eran hermanas, hijas legítimas de don Lorenzo y de doña Gabriela.

Las dos hermanas vivian juntas.

Parecia que todos habiamos olvidado los terribles sucesos que habian precedido á aquella situacion.

Jamás hablábamos de ellos.

El mismo Luis parecia haberse transformado.

Era otro hombre.

Ni se frotaba las manos, ni citaba jamás el número veinte y cinco, ni me dejaba oír sus escépticas teorías. Se mostraba juicioso, dulce, bueno.

Yo no le conocia.

Lo habia preparado todo para su casamiento con Ines, á la que habia buscado, á la que habia pedido un perdon que ella no se habia atrevido á negarle.

Porque su perdon era el porvenir de su hijo.

Debía ser respecto al alma de Luis una verdad repugnante, lo de que la base del amor es la riqueza de la mujer.

Luis, ó mucho me engañaba yo, ó estaba enamorado de veras de Ines.

Ines por su parte parecia completamente satisfecha de Luis.

Llegué á creer que en efecto Ines habia olvidado el infame proceder anterior de Luis para con ella, y que estaba tan enamorada de él como Luis parecia estarlo de ella.

En cuanto á Margarita y á mí, nos amábamos con una pasion delirante.

Ansiaba yo que llegase la hora de ir á su casa, y notaba en ella al verme una súbita llamarada de alegría que dominaba su semblante.

Sin embargo, siempre que yo la instaba á que nuestra boda se hiciese al mismo tiempo que la de Ines y Luis, me contestaba:

— ¡Oh! no; todavía no: cuando se cumpla el luto.

— Pero ellos...

— Ellos están en una situacion excepcional; su casamiento es la legitimacion de su hijo. Ellos deben casarse cuanto antes.

Y seguia negándose obstinadamente.

CCXXII.

No habia dejado de ser la Dama de noche.

Habia contraido la costumbre de no salir de dia, y se pasaba el tiempo hasta que oscurecia, leyendo ó dibujando.

Pero en cuanto oscurecia, pedia el carruaje, y acompañada por Ines, por Luis y por mí, iba á la Cuesta de la Vega.

Excepto las noches en que llovía.

¡Oh! ¡La Cuesta de la Vega!

En uno de sus bancos de piedra he apurado toda la elocuencia de mi amor ansioso; he rogado con la agonia de la desesperacion; he llorado con todo el dolor de una amargura infinita.

Porque yo temia que la muerte no dejase cumplir á Margarita el año del luto.

Su palidez era cada dia mas densa, cada dia mayor su demacracion, su melancolia, su tristeza á cada momento mas profunda.

Y cada dia su hermosura era mayor.

Su encanto se habia hecho irresistible.

Yo moria.

Y Margarita, á pesar de su tenacidad en el aplazamiento de nuestra union, se me mostraba cada dia mas amante, cada dia mas enamorada.

Acabé por no comprenderla.

Yo habia creido hasta entonces que el amor era la suprema razon para la mujer.

Que por el amor lo olvidaba todo.

Y para Margarita el amor era un sentimiento pro-

fundo, intenso, tenaz, pero subordinado á una razon que yo no podia comprender.

¡Ah! ¡yo no sabia hasta qué punto puede llevar á una mujer de imaginacion el deseo de poetizar su amor!

Mas tarde lo comprendí cuando...

Pero continuemos.

CCXXIII.

El enlace de Ines y de Luis se efectuó sin aparato, sin ruido, no de una manera secreta, pero sí de una manera silenciosa.

El padre Morales los casó, y su hermana y yo fuimos los testigos.

Un capricho de Luis agravó la situacion respectiva en que nos hallábamos colocados Margarita y yo.

Recordará el lector que en una ocasion Luis, al atravesar el desmantelado jardin de la quinta de su tío, habia expresado el pensamiento de levantar aquellas estatuas, de desenterrar aquellas fuentes, de arrancar aquellas malezas, de convertir en fin en un retiro alegre aquel triste y denegrido palacio.

Pues bien; Luis determinó irse á vivir con Ines y con su hijo á aquel palacio, y empezar desde el momento las obras.

Ines nada sabia de los terribles secretos que para Margarita y para mí guardaba aquel palacio: creia, como lo habia creido todo el mundo, incluso los de la casa, que el marqués habia muerto naturalmente.

Una sola persona á mas de nosotros sabia que el marqués habia sido asesinado.

Su asesino.

Y M. Rouget, despues de haberse despedido de Margarita, habia desaparecido.

Ni aun se sabia donde estaba.

Ines ignoraba tambien que el marqués habia sido el amante de su madre, el asesino de su padre.

Margarita habia guardado para ella toda la amargura de estos recuerdos.

Por temor de una interpretacion no se atrevió á hacer reparo ninguno á la decision de Luis.

Además, en las particiones de la herencia, por razones que son fáciles de comprender, Margarita habia querido que el palacio fuese adjudicado á su hermana, y lo fué en efecto.

Luis é Ines con su hijo y una servidumbre completamente nueva, se habian ido á vivir al palacio.

Margarita, aunque con suma repugnancia, fué algunos dias despues á visitar á su hermana.

Me lo avisó, y yo fui antes que ella.

Encontré á Luis en medio de un considerable número de trabajadores, ocupado en restaurar sus jardines. Apenas me vió, corrió á mí y me asió del brazo.

— Me alegro de que hayas venido, me dijo; yo pensaba ir á verte.

Habia un no sé qué sombrío, displicente, tétrico en la fisonomía de Luis.

— Necesito pedirte consejo, me dijo, llevándome á un extremo del jardin y sentándose sobre un banco de piedra.

Me senté junto á él.

— ¿Qué sucede? le dije.

— No sucede nada, me contestó, y estoy en la situacion mas desagradable y mas extraña en que jamás se ha encontrado un hombre.

— Sepamos.

— Que se venga.

— Que se venga...

— Sí por cierto: y de una manera irritante.

— Veamos, hombre, veamos.

— Cuando hace... cuatro dias... necesito recurrir á las fechas, porque me parece que ha pasado un siglo desde que me casé con Ines... cuando hace cuatro dias la llevé á mi casa... un magnífico cuarto, Luis... admirable, provisto de cuanto puede desear el capricho de la mujer mas exigente... como que habia gastado sin miedo, gracias á tu millon... á propósito... te tengo encerrado un millon bajo las mismas carpetas en que me diste el otro.

— ¡Oh! yo te lo regalo.

— Yo no quiero regalos de nadie, me dijo en una de aquellas extravagantes salidas de tono que eran tan frecuentes en él; yo soy rico por la gracia de mi mujer, que en el momento en que ha sabido que tú nos habias anticipado un millonaje, se ha apresurado á ponerme en posicion de restituirtelo; cuando te vayas te lo daré: vamos ahora á lo del momento... á lo que á mí me sucede... ó mejor dicho, á lo que no me sucede. Estoy haciendo la víctima, estoy enamorado como un loco.

— Pues mejor.

— Sí, sí por cierto; ¿no seria lo mejor del mundo si ella tambien estuviera enamorada de mí?

— ¡Oh! indudablemente.

— Pues no, indudablemente: me aborrece y me desprecia... me lo ha dicho, hijo, me lo ha dicho con todas sus letras, cuando yo creyéndome en la plenitud de mi derecho, levanté el picaporte de la vidriera del gabinete nupcial: la encontré sentada tranquilamente junto á la chimenea, con su hijo en los brazos... ¡Oh! ¡oh! ¿qué hacia allí aquel chiquillo á quien yo acababa de dar su nombre?

— Este es mi único amor, primo, me dijo Ines cuando me acerqué á ella lleno de ternura.

— ¡Oh! la contesté; el amor al hijo comprende sin duda al padre.

— Este niño no tiene padre, me contestó.

— ¿Pues qué soy yo?

— Una causa... puramente material.

Y me dijo esto friamente, con acento tranquilo, Andrés.

Y te confieso que me dejó helado.

Yo veia revolverse detras de aquel semblante dulce y tranquilo... y, Luis, hermoso como el de un ángel, porque la verdad es que no es bonita... pero es hermosa... pues sí, yo veia revolverse detras de aquel semblante, en el eco de aquella voz, en la tranquilidad de aquella mirada algo monstruoso, algo terriblemente excepcional, y me senté maquinalmente frente á ella.

— ¿Quieres explicarme tus palabras, Ines? la dije.

— Sí: necesito fijar la situacion en que quiero colocarme respecto á tí, y en la que me colocaré: para mí, Luis, no existes; yo no existo para tí: desde hoy viviremos juntos ó separados, como quieras; pero entre nosotros no habrá ningun género de mancomunidad: confieso que cuando te creí un hombre de honor, te amé: despues te he aborrecido, y ahora te aborrezco y te desprecio.

¿Comprendes esto, Andrés? ¿lo comprendes? ¿qué he debido yo hacer?

— Esperar, apurar cuantos medios estén á tu alcance para recobrar primero el aprecio, despues el amor de Ines.

— Eso es imposible.

— ¡Ah! no: la resignacion, la dulzura, los sacrificios: ella está ofendida con razon.

— Repito que es imposible todo avenimiento entre nosotros... porque Ines está enamorada... de otro... ¿comprendes bien?... ¡está enamorada!

— ¡Luis!

— Tengo pruebas.

— No puede ser.

— Te diré, pruebas físicas, cartas, revelaciones extrañas, la presuncion de otro hombre, no, río: pero tengo pruebas morales, que son por desgracia las mas graves: Ines sufre una languidez tan característica, una tristeza tan dulce, unos arrobamientos, unas abstracciones, que no puedo dudar de que ama, de que piensa en un hombre, de que sufre por él, de que goza pensando en él: yo no soy ese hombre, luego debe ser otro.

— He notado, Luis, que no tienes la cabeza muy sana.

— ¿Y quién no se vuelve loco sucediéndole lo que á mí me sucede? Y es el caso que me domina: me ha dicho á sangre fria, con esa calma que lleva consigo la intencion de sajar, de martirizar:

— Diviértete cuanto puedas, gasta cuanto quieras: afortunadamente soy fabulosamente rica: de mi capital separo diez millones para mi hijo: diez millones que defenderé, haciendo valer si necesario fuese todos mis derechos: lo demás gástalo todo... y déjame en paz...

— ¿Qué te parece, Andrés?

— Que está irritada.

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! yo soy indudablemente muy débil: cuando llegamos aquí eligió una habitacion; y en ella se ha declarado absolutamente independiente.

Esa habitacion me está terminantemente prohibida.

¿Qué hago, Andrés?

— ¿Qué sé yo? le dije.

— Ines me ha dicho hoy que la haria un gran favor haciendo un viaje ó dejándole á ella viajar: he apelado á mis derechos de marido en un momento de energía, y me ha dicho:

— Tú eres un hombre á quien yo he comprado el nombre de mi hijo.

No he sabido qué contestar; pero esto, Andrés, es escandalosamente inmoral.

— ¡O friamente justiciero!

— ¡Tú tambien!

— La abandonaste cuando era pobre, y te has casado con ella cuando era rica.

— Pero la amo, la amo: yo creo que la amo completamente, porque es millonaria pero la verdad es que estoy absolutamente, terriblemente, estúpidamente enamorado.

— Espera, ten paciencia, pruébaselo de una manera indudable.

— ¡Ah! ¡no! ¡no! exclamó: ella ama á otro: yo no sé quién es ese otro: pero lo sabré: ¡oh! ¡sí, lo sabré! y cuando lo sepa... ¡oh! ¡oh! yo me vengaré de ella de una manera mas cruel que ella se está burlando de mí.

CCXXIV.

En aquel momento entró un carruaje en el portalon de la cerca, atravesó el jardin y se detuvo delante del vestibulo.

— ¡Ah! ¡Margarita! dijo Luis levantándose.

En efecto, era Margarita que nos saludó al subir los escalones del vestibulo, y se detuvo como para esperarnos.

Yo comprendí que Margarita tenia miedo de entrar sola en el palacio.

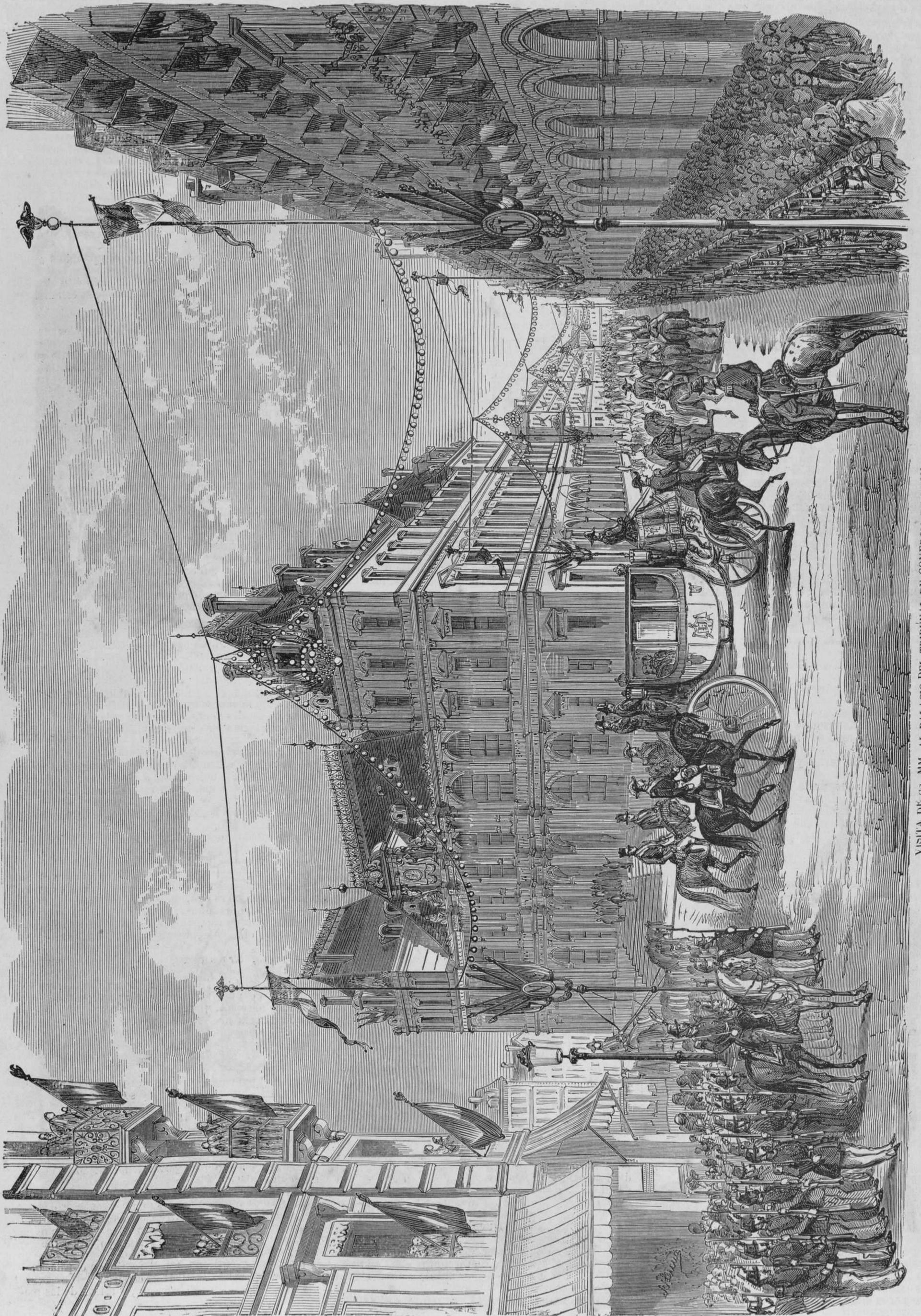
— Una prueba de lo que amo á Ines, me dijo Luis mientras nos acercábamos, es que ya me acerco tranquilamente á Margarita... en otro tiempo... ¡ah! en otro tiempo... silencio, por Dios, acerca de lo que te he dicho: que no sepa nada Margarita: yo veré cómo me las compongo con Ines.

Llegamos, y entramos con Margarita en el palacio.

Ines habia salido desalada á recibirla.

Las dos hermanas se abrazaron, y asidas de las manos nos precedieron.

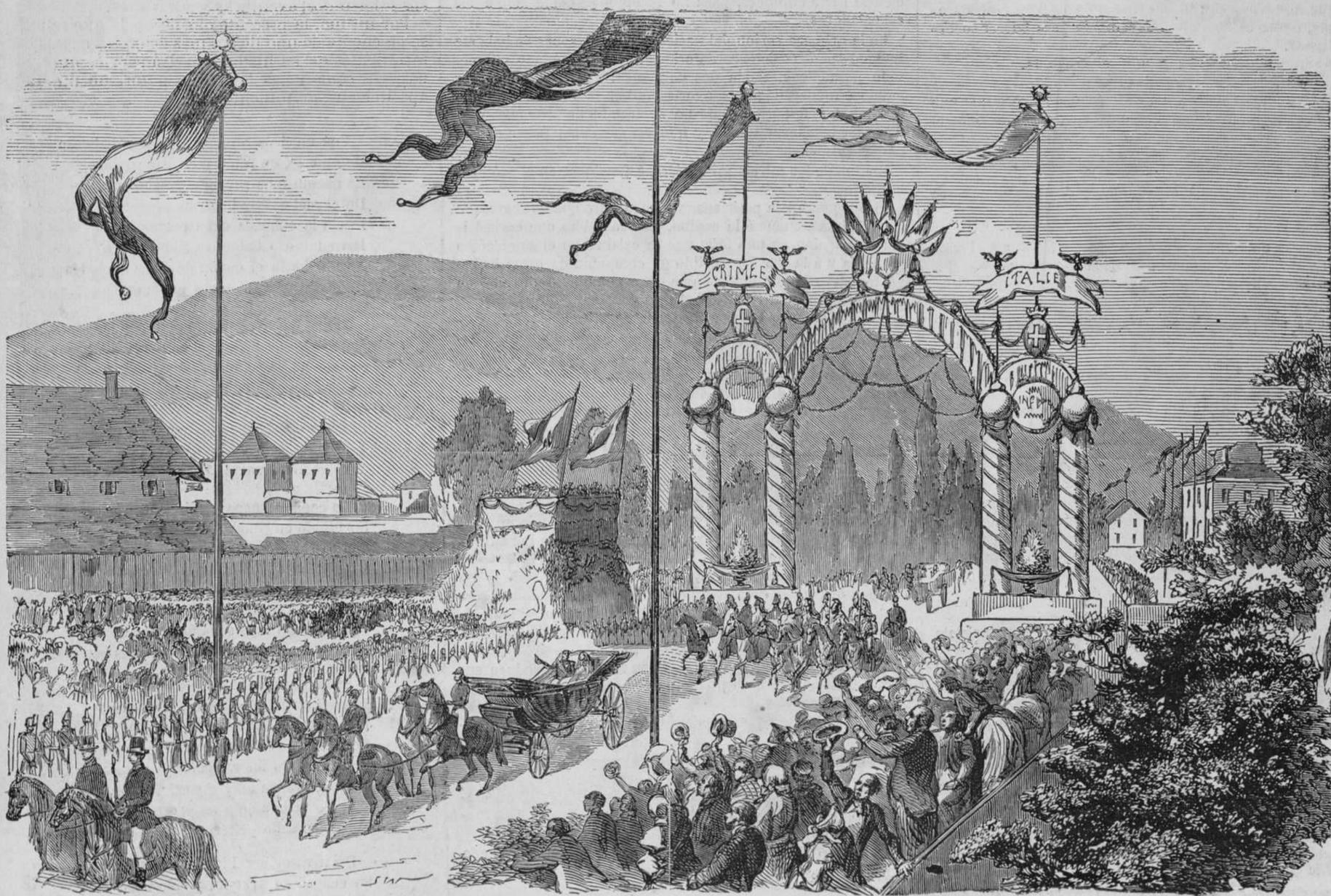
(Se concluirá.)



VISTA DE SS. MM. AL PALACIO DEL TRIBUNAL DE COMERCIO DE LYON.



REVISTA DE LOS CONDECORADOS CON LA MEDALLA DE SANTA ELENA EN EL PATIO DEL PALACIO DE BELLAS ARTES, EN LYON.



ENTRADA DE SS. MM. EN LA CIUDAD DE CHAMBERY.

Revista de Paris.

El viaje triunfal que están haciendo el emperador y la emperatriz por las nuevas provincias de la Francia la Saboya y Niza, hoy cubiertas de buenos caminos y donde los viajeros de todo el mundo encuentran oportunamente todo cuanto desean, nos recuerda una anécdota curiosa y divertida de otros tiempos relativa á un jóven diplomático, anécdota que vamos á referir á nuestros lectores.

El vizconde X... á la sazón simple agregado de embajada, se dirigía de Francia á Turin encargado de despachos importantes, muy contento porque viajaba á costa del Estado en una hermosa silla de posta nuevecita, bien provista de efectos y de dinero y con un criado en la trasera.

Era de noche. El camino se hallaba en muchos sitios atravesado por las aguas, y al fin se presentó un torrente mas impetuoso que los otros.

El postillon sin embargo, cree poder atravesarle; pero se engaña, el agua arrastra el coche, y hé aquí los caballos á nado.

El postillon muy sereno logra desenganchar el tiro y se marcha con los animales.

El criado se arroja de su asiento, echa á nadar, y llega prontamente á la orilla.

Durante este tiempo la silla de posta bien cerrada, bajaba tranquilamente la corriente. ¿Qué hacia el jóven agregado de embajada? Iba durmiendo.

Sin embargo, al fin se despertó y hubo de comprender el apurado trance en que se hallaba.

Considerando la cuestion á sangre fria, juzgó que su carruaje no podia flotar de aquella manera largo tiempo; se apresuró á desnudarse, bajó el cristal de la portezuela adonde el agua no llegaba aun, tomó sus despachos entre sus dientes, y á nado logró tambien como los otros llegar á la orilla.

Mientras se conducía con este valor, su criado habia ido á buscar socorros, de modo que al tocar tierra el enviado diplomático se encontró solo en el estado que supondrá el lector.

En cuanto á su carruaje, iba bogando á lo lejos que era un gusto.

Por fortuna á los pocos pasos que dió el vizconde descubrió una choza saboyana, adonde fué á pedir un asilo inmediatamente.

No habia en esta pobre vivienda mas que dos mujeres, tia y sobrina, que naturalmente al ver un hombre que se aparecía de aquella manera prorumpieron en agudos gritos.

El agregado logró hacerlas comprender en breve la causa de su triste aventura, y habiendo visto cerca de la chimenea una gavilla de sarmientos, suplicó á la tia que la arrojará pronto al hogar, asegurándola que la pagaría debidamente.

La tia dudaba que aquel hombre pudiese tener dinero. Por fortuna llegó el criado á la choza, y su presencia vino á cambiar la situacion del vizconde.

Encendieron lumbre; el náufrago se envolvió en una manta y celebró consejo con su criado.

El pais no ofrecía recurso alguno. Aquella cabaña era la única que se encontraba en dos leguas en contorno. Era preciso pues, pasar la frontera nuevamente para buscar socorros y dinero.

— ¿No traes dinero tú? preguntó el vizconde.

— Vea Vd., respondió el criado.

Se registró los bolsillos, y no descubrió otra cosa que una baraja, una cuerda, un boton y algunos cuartos, todo bañado en agua.

— Se me ocurre una idea, exclamó.

— Veamos.

— Yo me envolveré en esa manta, y Vd. puede ponerse mis vestidos.

— ¿Y qué mas?

— Andando bien puede Vd. llegar en cuatro horas al pueblecillo de N..., donde encontrará Vd. al anciano general B... que tanto nos festejó á nuestro paso.

El vizconde se estremeció con la proposicion. Endosarse una libra y presentarse á los habitantes de N... y al comandante de la plaza, le pareció indigno de su persona.

— Buena mujer, dijo á la dueña de la choza, voy á meterme en su cama de Vd. á esperar la vuelta de mi criado que envío al pueblo de N... á buscar dinero.

La campesina no tenia mucha confianza; además su sobrina y ella dormían en aquella cama, la única que habia en la choza.

No obstante, la diplomacia del vizconde acabó por triunfar de aquel obstáculo.

El criado partió, y el amo volvió á reconciliar como pudo el sueño de aquella noche interrumpido por su percance.

Al amanecer se despertó con el ruido que oyó á la puerta. Era su criado seguido de siete lanceros. El general habia creído que no podia hacer otra cosa mejor en favor del vizconde.

En cuanto á dinero ni una blanca.

El diplomático saltó de su lecho exclamando:

— ¿Qué diablos quiere el general que haga yo con sus siete lanceros?... No se trata de conquistar la Saboya.

— Pero, señor, dijo el criado, los manda para sacar el coche.

— ¿Y donde está el coche?

— Lo veremos.

Y salieron á buscarlo. El torrente seguía corriendo con mucha majestad, mas por ninguna parte se descubrían señales de la silla de posta.

Las saboyanas principiaron á entrar en cuidado.

Felizmente el jóven diplomático no carecía de imaginacion para inventar expedientes. Con sus despachos en la mano acabó por convencer á los lanceros de que era sumamente importante que él no perdiese una hora, y uno de aquellos militares consintió en prestarle su uniforme, quedándose en su lugar en la cama ó sentado delante de la lumbre envuelto en la manta. Podía optar por una de estas dos cosas.

Hé aquí pues, el vizconde que sale en fin con direccion al pueblo, dejando un lancero en prenda en la choza de las saboyanas.

Llegado á la poblacion, corre á ver al comandante que apenas le reconoce con el uniforme que llevaba.

— General, le dice, no ha comprendido Vd. la súplica que yo le hacia.

— ¿Porqué?

— Yo lo que le pedía á Vd. era que me enviase ropas y dinero.

— ¿Ha perdido Vd. su silla de posta?

— Hasta ahora no tengo ninguna noticia de ella. Cuando Vd. tenga la bondad de prestarme dinero, es probable que podré hacerla sacar del agua por algunos hombres del pais.

— ¿Y para qué emplear á la gente del pais puesto que tenemos lanceros que no nos cuestan nada?

— Pero, general, no se pueden hacer todas las cosas con lanceros; cuando me haya Vd. dejado otros vestidos...

— Puede Vd. guardar esos; tenemos repuesto de ellos en el almacén.

— En hora buena. Entonces con los fondos que Vd. pueda adelantarme, voy á volverme al punto para buscar el coche.

— ¡Ay! amigo mio, no tengo fondos disponibles; sin embargo, todos los socorros que la autoridad militar puede poner á la disposicion de un hombre, cuente Vd. con ellos.

— Por Dios, general, basta de lanceros... Voy á ver si encuentro en el pueblo lo que necesito, y viva Vd. mil años.

— Para servir á Vd., mi querido amigo.

El agregado no inspiró la mayor confianza al alcalde y al escribano del pueblo, lo que debió achacar sobre todo á su uniforme. Por consiguiente, tuvo que ir á la sub-prefectura mas próxima, donde al cabo de muchas explicaciones obtuvo lo que deseaba.

Sacaron el coche destrozado; el lancero se volvió con su famoso comandante, las saboyanas recibieron el pago de su hospitalidad, y el diplomático pudo tomar el correo de Turin.

Hasta aquí la anécdota que extractamos del *Sport*, donde se cuenta con largos pormenores. En una novela ó en una pieza teatral se habria podido transformar á la sobrina de la saboyana en princesa disfrazada, y el desenlace hubiera sido una boda; pero en la vida real las cosas presentan por lo comun un aspecto mas prosaico.

Tenemos que llamar la atencion de nuestros lectores hácia una sociedad muy singular que acaba de formarse en Paris entre varios jóvenes de esta capital, cansados de oír en los teatros el monótono y absurdo aplauso de la *claque*. La sociedad se propone devolver al silbato sus antiguas prerogativas, y oponer á las palmadas de los mercenarios pagados para aplaudir, una manifestacion de todo punto contraria.

La sociedad se compone de veinte miembros, número que podrá ascender á treinta, y se ha constituido bajo esta significativa denominacion «el Club de los mirlos.»

Diez de ellos, cuando menos, asistirán á la primera representacion de toda pieza de alguna importancia, se colocarán de dos en dos, y si lo juzgan conveniente, harán uso del silbato, aunque al fin de los actos y de la pieza, si tienen paciencia hasta entonces, para no incomodar demasiado á los espectadores.

En la primera sesion del naciente club, despues de haberse tomado las disposiciones anteriores, se ha adoptado un método para silbar. Habia dos opiniones: ¿el silbido debía ser agudo ó moderado? La mayoría votó en favor de la segunda opinion, fundándose en que no se trataba de provocar, sino de hacer constar un fallo, y que esto se debía hacer con la mayor prudencia posible.

El Club de los mirlos principiará á funcionar en el próximo invierno.

Un excursionista parisiense amigo nuestro que ha regresado en la última semana á la capital, nos ha hecho una curiosísima descripcion de una feria que se celebra en el pueblecillo de Neris y á la que ha asistido en compañía de otros bañistas forasteros como él, feria que tiene por objeto un ramo de comercio muy particular, el de las cabelleras femeninas.

Hé aquí cómo se opera este comercio extraño y muy lucrativo por cierto, pues se dice que los que se ocupan en él hacen una fortuna en pocos años.

Desde muy temprano, la banda negra de los traficantes en cabellos se precipita sobre el campo de feria donde establecen sus puestos, que consisten en unas tiendecillas miserables cargadas de indianas, telas de algodón, pañuelos de seda, y generalmente todos los objetos de colores chillones.

Estos artículos sirven para pagar las cabelleras.

A las doce del dia ha llegado á la feria toda la gente del campo. Los traficantes se levantan las mangas de la camisa y comienzan á vocear llamando á las mujeres que quieren vender su pelo; inútil es añadir que los hombres se hallan excluidos de la venta.

A los gritos acuden en torno de sus tiendas enjambres de campesinas, todas muy alegres, corriendo como á una diversion, solas ó acompañadas por la madre; se quitan el pañuelo de la cabeza, y presentan al mercader su cabellera destrenzada.

Este palpa, maneja, pesa, mide con los ojos, introduce sus dedos en el pelo y da su precio, que varía segun la calidad y el largo del cabello.

Una cabellera de dos años vale tres metros de tela de algodón, una de cuatro años vale seis; es muy raro que pase de aquí el precio.

Una vez esto convenido principia la ejecucion; la jóven se arrodilla y el verdugo da tizeretazos á la vista de la muchedumbre. El capataz tiene una docena de criados, que en menos de dos horas cortan hasta trescientas cabelleras.

¡Pobre jóven! ¿Y qué es lo que se lleva cuando se queda con la cabeza despojada? Una tela que vale de dos á tres francos cuando mas.

Sin embargo, se citan tratos excepcionales. Hay muchachas que en cambio de su hermoso adorno exigen dinero. Hé aquí

un ejemplo que se cita en la feria de Neris como una cosa extraordinaria.

Una linda jóven, muy graciosa y vestida con toda la elegancia del campo, se presenta en la feria, y suelta sus cabellos negros como el ébano, suaves como la seda y largos que la llegaban hasta los piés.

El capataz ofrece inmediatamente diez metros de tela.

Ya estaba á punto de cerrarse el trato, cuando uno de los bañistas que se encontraban allí juzga á propósito intervenir en interés del arte.

Dice á la jóven que su pelo es de una hermosura sin igual, y que aquel hombre la engaña; pero el hombre se exalta, comienza á ofrecer, el bañista ofrece igualmente, y al fin se ve obligado á dar 30 francos.

¡Treinta francos! Es cosa nunca vista; pero nunca se vió tampoco una cabellera tan hermosa. Mas en fin, cayó en un instante, y media hora despues, un peluquero de Montluçon ofrecía cien francos por ella.

El traficante no quiso deshacerse de su adquisicion; estas cabelleras se traen á Paris, donde se hace un consumo enorme. Felix, Leroy y otros peluqueros célebres de la capital las venden á crecidos precios á las señoras de la mas elevada alcurnia de Paris; ¡qué de misterios podrian revelarnos estos arregladores de cabezas aristocráticas que hacen furor en los salones por su hermoso pelo!

MARIANO URRABIETA.

Un azar

DEL REY CHICO DE GRANADA.

Preámbulo.

Durante el dilatado y turbulento periodo de la dominacion de los árabes en España, desde el triunfo de Tarif en Guadalete el año de 714 hasta el de 1492 que los Reyes Católicos tomaron la ciudad de Granada, no se presenta acaso en las brillantes páginas de nuestra historia un solo hecho que aventaje los acontecimientos que tuvieron lugar en aquella deliciosa comarca bajo la dominacion de sus reyes, hasta los azares ó infortunios del supersticioso y debilísimo Boabdil Aben-Abdallah, en cuyas manos se hallaba el cetro á la terminacion de aquella guerra; pues las hazañas del Cid, los hechos de Bernardo del Carpio, el heroísmo de Guzman el Bueno, y otros, no pueden considerarse como superiores á los bellísimos episodios de aquel drama encantador, en el que se han ejercitado las plumas de los mas célebres escritores.

Boabdil, á pesar de sus defectos, ocupará siempre un lugar predilecto entre los personajes históricos, acaso por aparecer con cualidades enteramente contrarias á las que distinguieron á aquellos héroes: así por las circunstancias particulares en que se encontró, como por sus infortunios, aventuras y desgracias.

Por último, la presente obra en la que se refiere lo que se da cuenta de uno de sus mas dolorosos azares ó acontecimientos de su historia, podrá servir, aunque imperfecta como todas las de su autor, de un simple y apacible entretenimiento.

Fué un tiempo nuestra España belicosa
De muerte, de ruina y de esterminio,
La nacion mas revuelta y azarosa
Do el mal fijó su infausto predominio:
Desde la enhiesta cima portentosa
Del suntuoso Calpe, su dominio
Asentó hasta el confin de otras naciones
El terrible Tarif con sus legiones.

Siglos y siglos en tenaz contienda
Desde que de Pelayo el rayo ardiente
Estalló en Covadonga, guerra horrenda
Resonó por do quier: se vió furente
Brillar la impura llama, y como ofrenda
El hierro destructor de gente en gente;
Y al árabe en su triunfo asegurado
Y al godo perseguido y humillado.

No cedió empero; y si el fatal Rodrigo
Sucumbió en Guadalete, en pos se alzaron
Del patrio ardor al delicioso abrigo,
Otros héroes insignes que lidiaron
Y opusieron al misero enemigo
El poderoso esfuerzo que mostraron,
Desplegando la enseña portentosa
De otra España mas grande y mas hermosa.

Entre ofensas, disturbios y desmanes,
Los Alfonsos, Fernandos, los Hurtados,
Los Cides, los Mendozas, los Guzmanes,
Los Córdoba ilustres y afamados,
Contrastando los riesgos, los afanes
En todo trance altivos y esforzados,
Elevaron con ánimo ardoroso
El ibérico solio poderoso.

Del invasor cruel la clara estrella
Se eclipsó en Aragon, y vió en Navarra
Su fortuna ceder tambien con ella,
Rechazada su fiera cimitarra:

Vió la gloria inmortal que á par destella,
Y aquella accion espléndida y bizarra
De los bravos varones que eligieron
La santa cruz, y con la cruz vencieron.

Corrió el tiempo : en las Navas y el Salado,
Y en choques mil y mil quedó vencida
La arrogancia agarena, y destrozado
Su arrogante poder; su insignia herida
Y en girones cubriendo el profanado
Suelo, do fuera un tiempo tan temida;
Pues su rigor infando y ominoso
Tocaba ya á su término espantoso.

El Bermejo Mahomet que ufano y fuerte
Resistió los embates del cristiano,
Llamado el Vencedor, con mejor suerte
Rigió en Granada el solio soberano :
Orgullosa y osado lo convierte
En centro de un dominio altivo y vano,
Y elevó con su nombre y su criterio
Aquel florido y suntuoso imperio.

Siguió Yusuf que altivo se acrecia,
Y el célebre Ismael con su partido;
Y el Zagal que en su rango los seguía
Fué también celebrado y acogido :
Mas la discordia en tanto se extendía
Entre aquellos magnates; y el sonido
De la trompa guerrera por los prados
Resonaba, por bosques y collados.

Muley-Hacen regentó su imperio;
Y su hijo Boabdil inquieto, osado,
De Aixa su madre el fiero magisterio
Siguió ambicioso, astuto y destemplado :
Cubrió á Hacen el desprecio y el dicerio;
Descendió de su trono, que usurpado
Fué por Boabdil con toda su grandeza,
Y ocultó allá en Codima su flaqueza.

De noble aspecto aunque de escasa altura,
Débil en el obrar, aunque impaciente,
Su dignidad y su actitud segura
Mantuvo el nuevo rey : su continente
Mostraba, su donaire y su blandura,
Su mirada expresiva, audaz, ardiente :
El Zogoibí (1), su pueblo le llamaba,
Y el Rey Chico también le apellidaba.

Extendió su dominio y animoso,
De Mussa Abil-Gazan, su noble hermano,
Seguido y ayudado, cauteloso
Aseguró su predominio ufano :
Flameó su estandarte ya glorioso
Y creó su cortejo soberano,
Sensible empero al fausto y la belleza
Aunque con dignidad y con grandeza.

Era costumbre en reyes africanos
Vivir en ocio muéll, y en el gusto
Que ofrece al hombre débil y liviano
Esa mitad del ser, que el hado adusto
Humilló á su dominio loco, vano,
Con su altanero avasallar injusto,
Y pasar en un mísero idiotismo
Y en triste y degradante parasismo.

Boabdil en tal doctrina aleccionado,
Magüer celoso de su nombre y fama,
Con espíritu inquieto y alterado
Siguió la senda que al deber lo llama :
Sus émulos venció siempre esforzado;
A la justicia en apariencia aclama;
Hasta que de Moraima la hermosura
Templó su condicion y su locura.

A ella se unió, y ledos se mostraron
El cariño mas tierno y amoroso;
En la Alhambra felices se enlazaron;
En aquel paraíso suntuoso
Que el palacio de perlas le llamaron :
En aquel bello eden, grato, ostentoso;
Encanto, admiración de las edades,
Centro de los placeres y crueldades.

De arrayanes y mirtos guarnecidos
Y con flores, sus arcos se encontraban,
Con lazos y follajes repartidos
Do millares de luces reflejaban;
Y damas y musulimes escogidos
En alegres parejas se animaban,
Risueñas, complacidas, placenteras,
Radiantes en las zambras y ligeras.

Todo era animación, todo contento :
Y Boabdil y Moraima engalanados,

Con su vestir airoso y opulento,
A su amoroso frenesí entregados
Con expresiva faz y dulce acento,
Dirigían las fiestas animados;
Los gusles y añafles resonaban
Y á aquella grata union entusiasmaban.

Moraima, sí, Moraima, luz radiante
Que ilumina el espíritu adormido,
Y que engrandece al ser, puro y constante
Que anima al hombre en su querer mecido;
Que su esplendor angélico y brillante
Penetra el corazón de amor henchido;
Que lo eleva, lo halaga, lo seduce,
Y con blandas caricias lo conduce.

Ya la celeste antorcha se ausentaba
Y el luminoso disco se escondía,
Cuando en las alcáfitas resonaba
El susurro del viento que corría;
A lo lejos el trueno retumbaba;
El tupido crespón ya se extendía,
Y se vió que avanzaba un mensajero
En un caballo estrepitoso y fiero.

Desceñido el turbante, demudado,
Revuelto el almaizar, con voz turbada :
« Corred, señor (clamaba acelerado) :
Desnudad vuestra limpia y tersa espada;
Esa espada que el mundo ve admirado.
Una turba en Lucena concertada,
Un ejército infiel con fiero eucono
Tu poder amenaza, vida y trono.

» No dar paz á la espuela; acorred luego;
El Alcaide cruel de los donceles
Tus tierras tala presuroso y ciego
Ambicionando fúnebres laureles :
Iracundo, insensato, sin sosiego,
La mesnada conduce; y sus corceles
Se acercan con carrera estrepitosa
A turbar vuestra fiesta suntuosa.»

Palideció Boabdil confuso, airado :
« Suspéndase el festín (dijo furioso) :
A Lucena, á Lucena (entusiasmado
Clamaba con acento jactancioso);
¿ Lo ois? ¿ lo ois? ese enemigo osado
Intenta destruir mi solio honroso :
Caigamos sobre él: nuestros aceros
Segarán á sus míseros guerreros.»

« Moraima (repitió); mi honra ó mi gloria,
A mi esplendor y á mi poder unida,
Harán brillar la célebre victoria
Por nuestros fuertes brazos conseguida :
Y esa vil multitud, baja, irrisoria,
De ficticio valor y embravecida,
Hallará en el impulso de mi lanza
El terrible blasen de mi venganza.

» ¡ Sus! Gomeles, Zegries, á la pelea :
Bravos Almoravides y esforzados,
Wisires animosos, que nos vea
El mundo entero acometer osados,
Y fijar nuestra insignia gigantea
De Lucena en los muros elevados :
Las fiestas suspended; los atabales
Anuncien de la lucha las señales.»

Y en un potro del Atlas cabalgadó,
Al frente de sus fieros campeones
De sus fuertes Zenetes rodeado;
De Hamet y Mussa en rápidos bridones;
En su almete un airon pajizo alzado,
Y un broquel do dibuja sus blasones,
Siguió altivo, resuelto y animoso,
Ansiando hallar á su enemigo odioso.

¿ Cómo es verdad que un pecho ardiente y fuerte
Que alienta ufano y con valor seguro,
Que sigue los azares de la suerte,
Nada le arredra, ni el aliento impuro
De la terrible y espantosa muerte,
Ni ve el camino de su fin oscuro,
Pues su alíve, su esfuerzo y su impaciencia,
Mantienen su delirio y su demencia!

Siguió Boabdil intrépido, arrogante,
Por la calle de Elvira su camino,
Al frente de la turba rozagante
Desafiando al mundo y al destino;
Atrevido, impertérrito, incesante,
Ansiando nuevas lides de continuo;
Sin curarse de enigmas ni presagios,
De insensatos pronósticos ó adagios.

El reluciente hierro de su lanza
Chocó al salir de la anchurosa puerta;

Quedó en ella enclavado, y su esperanza
Pudo amenguarse por la suerte incierta,
Faltando su valor y confianza,
Pues su ruina le anunciaba cierta;
Mas Boabdil con sonrisa fastuosa
Despreció la aventura lastimosa.

Y al pasar por el Bairo, un nuevo agüero
Turbó también la plácida alegría
De aquella multitud de aspecto fiero
Que en su destreza y su valor confía :
Una zorra con paso asaz ligero
Ante Boabdil atravesó y luía,
Y las flechas que ufanos le arrojaron
Detenerla ni herirla no lograron.

Engruesó en pos su ejército florido
Con el bravo Aliatar, que activo y fuerte
Llegó ufano de Loja decidido
A seguir de aquel príncipe la suerte;
A sostener su trono y su partido
Y en ayudarle su poder invierte,
Como se vió en Montilla y Santaella,
Que en todas partes su valor destella.

En tanto los cristianos escuadrones
En famosas contiendas adiestrados,
Desplegaban sus bélicos pendones :
Con sus cascos y petos acerados
Sus jefes de esforzados corazones
Por los llanos ó cerros encumbrados,
Al frente de sus tercios caminaban
Y á los hijos de Islam amenazaban.

El insigne caudillo y animoso
Diego Hernandez de Córdoba, que altivo
Cabalgaba un overo audaz, brioso,
Con espíritu firme y decisivo,
En la diestra un venablo poderoso
Que cual rayo de Marte ostenta activo,
Con su experiencia y su saber regia
Aquella noble grey que conducía.

Se unió el conde de Cabra conduciendo
Seis mil hijos resueltos de Veana,
La célebre jornada sosteniendo
En su briosa y su ligera alfana;
Impertérrito y firme en el estruendo,
De animación intrépida y lozana,
Que no cedió jamás en el combate
Y que al fiero enemigo siempre abate.

Todo anunciaba el franco ya cercano,
Y el Alcaide animoso y diligente
Todo lo preveía astuto, ufano,
Y enardecía á su animosa gente :
Descubrió en fin al bárbaro africano
Que avanzaba atrevido é insolente
Con su caballería numerosa
Y con su infantería estrepitosa.

Dispuso Hernando á la ciudad famosa
Retroceder con gente concertada,
Reservando una parte cuidadosa
Para caer sobre la turba osada
Que la embistiese fiera y espantosa,
Y emprendió su brillante retirada;
Y engañado Boabdil siguió ardoroso
Avanzando atrevido y animoso.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

(Se concluirá.)

Viaje del emperador.

El 27 por la mañana salió la comitiva imperial de Lyon y llegó á las tres de la tarde á Chambéry, y la entrada magnífica en esta capital del antiguo ducado de Saboya coronó la marcha triunfal de todo aquel día.

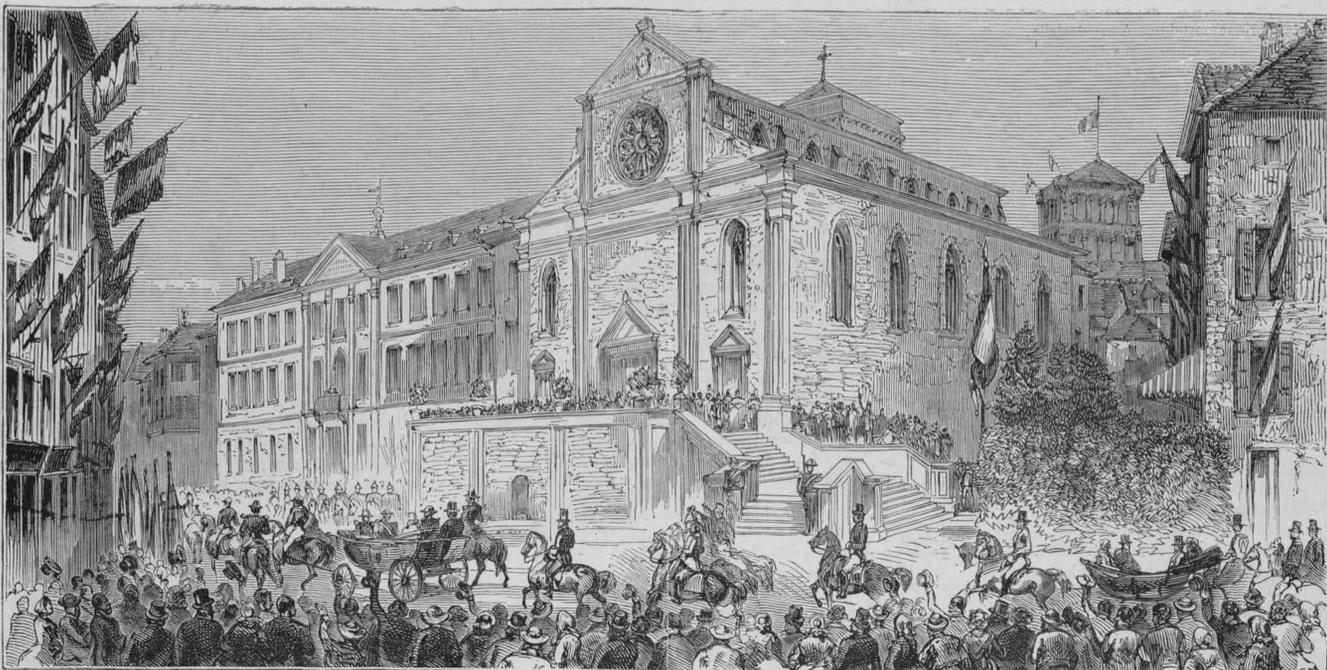
Hé aquí cómo se describe el aspecto de la ciudad en una correspondencia :

« En toda la carrera no se ven mas que banderas, ricas colgaduras, guirnaldas, arcos triunfales los mas variados; lo menos he visto diez ó doce que rivalizan en elegancia. Un inmenso gentío, lleno del mas vivo entusiasmo, ensordece el aire con incesantes aclamaciones de ¡ viva el emperador! ¡ viva la emperatriz! ¡ viva el príncipe imperial!

» La afluencia parece redoblar cuando SS. MM. salen de la catedral para ir al palacio. Poco despues aparecen el emperador y la emperatriz en el anden exterior y asisten al desfile de todos los municipios del departamento de la Saboya. Este desfile se hace con banderas desplegadas; el clero, los alcaldes y los miembros de los consejos municipales marchan á la cabeza, y no dura menos de hora y media; es como un verdadero delirio entre las poblaciones; los vivas mas entusiastas se suceden sin interrupción.»

El alcalde de Chambéry, al entregar al emperador

(1) El Zogoibí quiere decir el desventuradillo.



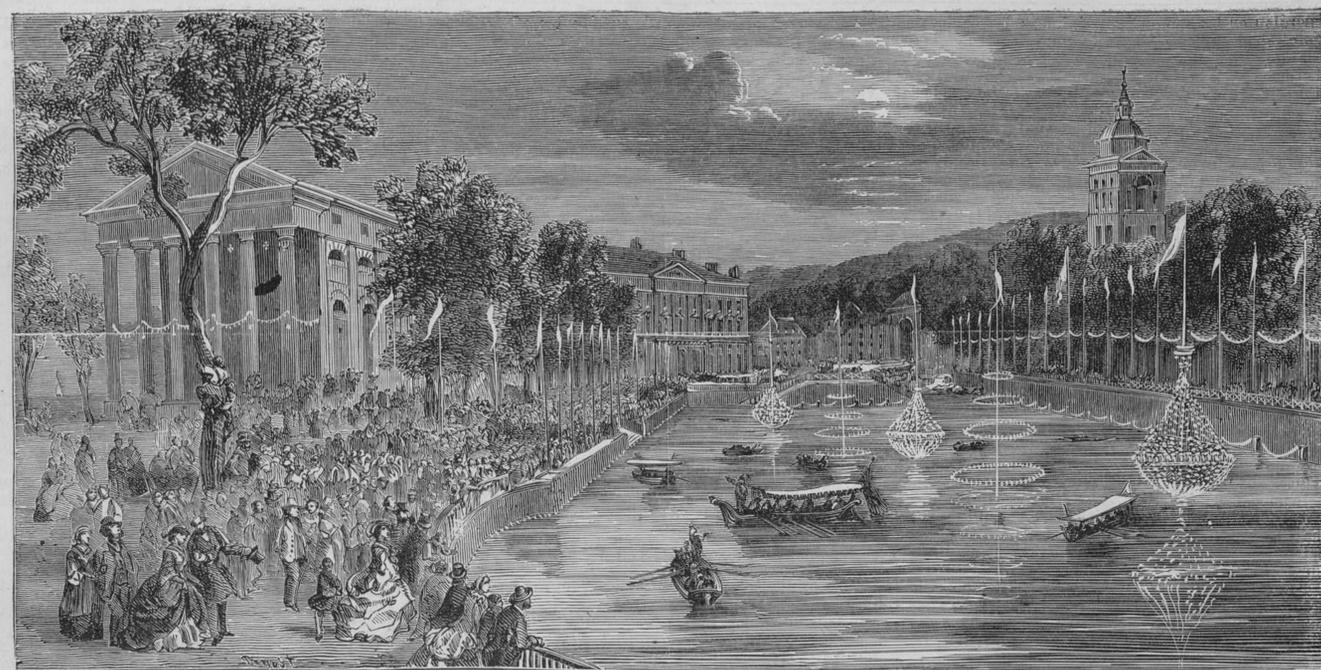
SS. MM. DIRIGIENDOSE AL OBISPADO Y A LA CATEDRAL DE ANNECY.

el emperador al alcalde y al presidente, se dedicó á darles nuevas seguridades de la solicitud y empeño con que procurará responder á los sentimientos de simpatía y adhesión que le demostraban estos nuevos miembros de la familia francesa.

Por la noche toda la ciudad de Chambéry se hallaba espléndidamente iluminada para celebrar la llegada de sus nuevos soberanos.

El 28 fueron recibidas por SS. MM. las autoridades y personas notables del departamento, y también fueron presentadas á la emperatriz un gran número de señoras de la ciudad. Durante el día SS. MM. visitaron algunos establecimientos y recorrieron las cercanías de Chambéry. — Por la noche hubo gran baile dado por la ciudad en la sala del teatro.

El día 20 por la ma-



ILUMINACIONES EN ANNECY CON MOTIVO DE LA PRESENCIA DE SS. MM.

las llaves de la ciudad, pronunció el siguiente discurso :

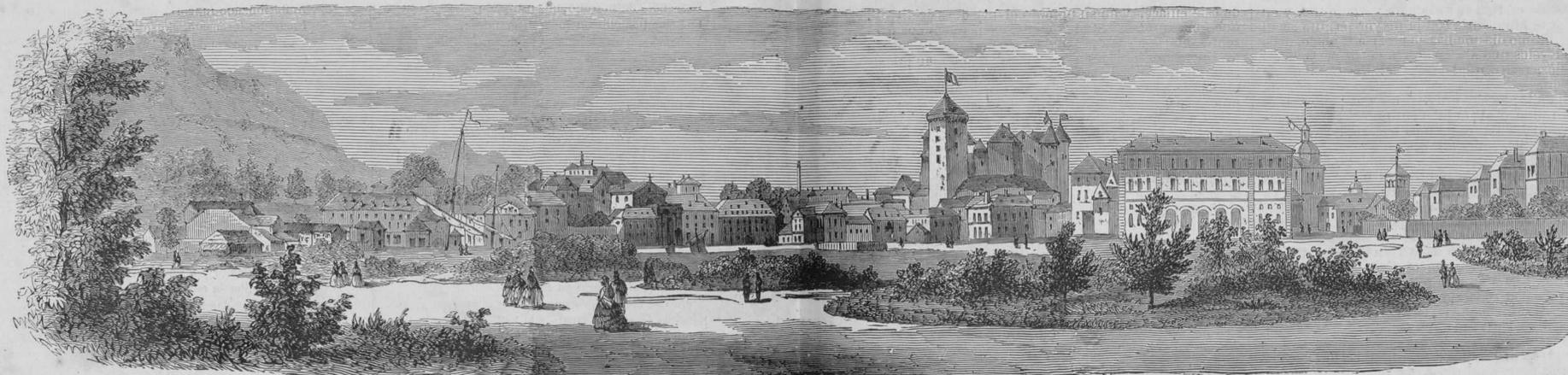
« Señor : Hemos aclamado á su regreso al libertador de la Italia vencedor en tres grandes combates, y nuestros gritos entusiastas expresaban entonces á V. M. el ardor del sentimiento nacional que nos arrastraba hácia la Francia.

» Gracias á vos, señor, gracias á vuestra prudente firmeza, las esperanzas de la Saboya han sido realizadas : en esta tierra clásica del honor y de la lealtad, no encontrareis mas que ciudadanos felices al saludar á su soberano legítimo, al que sus libres sufragios han elegido.

» Los habitantes de esta ciudad, señor, han dado la señal del movimiento anexionista ; y otra vez tienen la dicha insigne de ser los primeros que pueden decir á V. M. cuán fieles y adictos serán.

» Señora : El huérfano bendice vuestra llegada, el infortunado revive al recuerdo de tanta bondad ; nosotros, señora, admiramos en vos á la noble soberana : tenemos á la madre del príncipe imperial, del heredero de esa raza heroica que contará siempre en el número de los honores de su corona á la fiel Saboya. ¡ Viva el emperador ! ¡ viva la emperatriz ! ¡ viva el príncipe imperial ! »

También el presidente del consejo general dirigió á SS. MM. una alocucion muy expresiva, y contestando

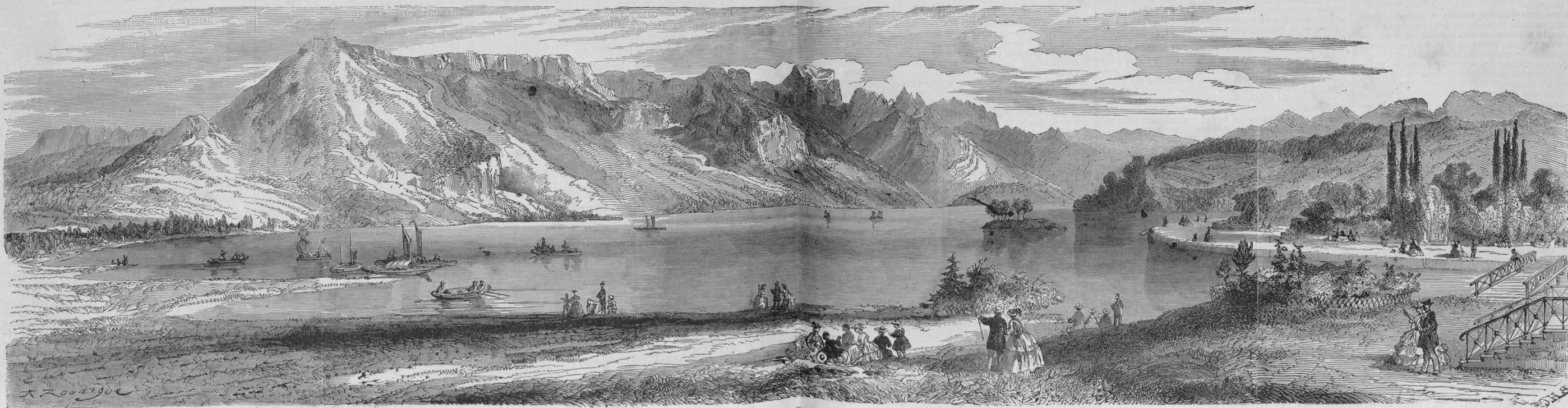


VISTA GENERAL DE LA CIUDAD DE ANNECY TOMADA DEL JARDIN BOTANICO.

ñana, mientras el emperador recorría la ciudad y visitaba los nuevos establecimientos, la emperatriz fué en compañía del alcalde á las Salas de asilo y de huérfanos, y por la tarde salieron para Annecy, adonde llegaron a las cuatro y recibieron la acogida mas entusiasta.

Sus Majestades, despues de haber oido los discursos del alcalde de Annecy, se dirigieron á la catedral en medio de un gentío inmenso. Formaban la carrera las diputaciones de los pueblos rurales y la tropa. Todo el clero esperaba al emperador á la puerta de la iglesia. Despues del *Te Deum* el cortejo se dirigió hácia el obispado, donde estaba la vivienda de SS. MM. La emperatriz recibió las señoras que se presentaron en crecido número.

Despues de la comida hubo un gran paseo por el lago. Una verdadera fiesta veneciana se habia organizado á la embocadura del lago; las orillas y las montañas estaban iluminadas ; la barca en donde iban SS. MM. tenia la forma de una galera antigua con una tienda de seda blanca. La emperatriz habia conservado la diadema de brillantes de forma griega que llevaba en la comida que precedió á la fiesta. La barca imperial navegando en el primer lago, sobre cuyas aguas se reflejaban los fuegos de Bengala y las iluminaciones de las casas particulares, presentaba un aspecto encantado ; á lo lejos se oian músicas cuyos sonidos se repetian, y



EL LAGO DE ANNECY, VISTA TOMADA DEL HOTEL DE GINEBRA.

se perdían en las montañas próximas: las orillas del lago estaban cubiertas de gente que aclamaba con entusiasmo á sus nuevos soberanos. Completó la fiesta un soberbio castillo de fuegos artificiales.

En la visita del pueblo que hicieron SS. MM. por la tarde obtuvieron una acogida entusiasta.

A eso de las dos el emperador y la emperatriz acompañados de su comitiva se dirigieron en carruaje á la aldea de Tailloire siguiendo los caminos de la orilla del lago. Era aquello una serie no interrumpida de paisajes admirables, en los cuales se destacaban el castillo de Monthoux, Annecy-le-Vieux, antigua ciudad romana, el desfiladero del Fier, los montes sombríos de Thorens, el peñón de Chere, la ermita de San German, la torre de Beauvivre, la casa de J. J. Rousseau en Chavoire, y á lo lejos el pueblecillo de Thones y el castillo de San Bernardo, lugares llenos de recuerdos históricos y religiosos. La muchedumbre esperaba respetuosamente á SS. MM. á su paso y les saludaba con sus vítores.

Después de haber visitado las hermosas ruinas de la antigua abadía de Tailloires que habitó San Francisco de Sales, SS. MM. se embarcaron en la galera en que se habían paseado la víspera. Barquichuelos cargados de gente y empavesados seguían á la comitiva imperial, y las orquestas colocadas en las embarcaciones ejecutaban aires alegres.

Este paseo por los lagos superior é inferior duró cerca de tres horas, y cuando el sol estaba en el ocaso, Sus Majestades desembarcaron en el paseo á la entrada del canal en medio de toda la población apiñada en aquel sitio.

Por la noche á las diez el emperador y la emperatriz fueron al baile dado por el ayuntamiento en las salas de las casas consistoriales adornadas espléndidamente. El 31 de agosto SS. MM. salieron para Thonon.

Luisa Maximiliana de Stolberg,

PRINCESA ESTUARDO Y CONDESA DE ALBANY (1).

Sucede con el corazón como con el cielo; que cuantos mas ángeles hay mas sitios.

FEDERICA BREMER.

I.

Reía la blanca aurora de un día de primavera en el palacio y los jardines del príncipe de Stolberg-Geldern, cerca de Mons, distrito de Hainaut en Bélgica, cuando una joven vestida con un peinador blanco guarnecido de encajes, bajaba lentamente una escalinata de mármol que conducía al parque de dicho palacio, desde su suntuoso interior.

Aquella joven parecía tener cerca de veinte años, y aunque estaba dotada de una belleza angelical, llamaba la atención sobre todo por la gracia y elegancia de su figura y la distinción y encanto de sus maneras.

Oigamos lo que dice de ella el gran Alfieri en una carta á un amigo suyo:

«Sus ojos negros, llenos de fuego y de la mas dulce expresión, una tez blanquísima y el cabello del rubio mas hermoso, daban á su belleza tanta brillantez, que era muy difícil desprenderse de ella.»

No exageraba el inmortal poeta la belleza de Luisa Maximiliana de Stolberg, pues no es otra la joven que presento á mis lectores bajando á los jardines del palacio de su padre.

Era de mediana estatura, esbelta y delicada como una palma: su nariz perfecta, su boquita rosada y su graciosa frente coronada de una poblada cabellera dorada, formaban el conjunto mas seductor, completado por la nobleza de su porte y de su flexible talle.

Luisa llegó al jardín, que era muy hermoso: corría entonces el año de 1772, y aun no se había introducido en los jardines el fastuoso lujo de nuestros días: la naturaleza lucía mas sus galas, y en cambio el arte no había adelantado tanto: no había boj recortado, montañas artificiales, ni árboles enanos; pero la frondosa y rica vegetación de Bélgica hacia brotar césped por do quiera, y por todas partes se veían flores, corpulentas encinas, esbeltos álamos y frescas cañadas.

Luisa se sentó en un banco de piedra, cuyo respaldo le formaba un frondoso jazmin, y sus lindas facciones se dilataron con una sensación de bienestar y de gozo imposible de describir.

La hija del príncipe de Stolberg-Geldern había nacido en aquel palacio en el año de 1752, y su infancia y su adolescencia habían corrido puras y apacibles, pero tristes en aquellos jardines, único mundo que conocía, había perdido á su madre cuando aun se hallaba en la cuna, y su vida se había deslizado solitaria y sin mas goce que correr tras de las mariposas seguida de su lebreña Mirza, hermoso animal que casi nunca la abandonaba.

Permaneció la joven un rato sentada y como sumergida en una meditación deliciosa: luego, como si necesitase hablar en voz alta para desahogar su corazón, henchido de algun sentimiento muy profundo, exclamó levantándose y tendiendo sus miradas por el jardín.

— ¡Oh, qué hermoso día se presenta! Jamás me ha parecido mas bello este jardín, mas aromadas sus flo-

res ni mas sonoro el rumor de sus fuentes. ¡Cuán bueno, cuán dulce es amar! ¡Cómo dilata el alma! ¡Cómo ensancha los horizontes del pensamiento! ¡Ah, Carlos! ¡Cuánto te agradezco que me hayas enseñado á vivir al hacerme comprender todo lo hermoso, todo lo radiante que existe en el amor mutuo é intensamente sentido!

Calló Luisa: escapáronse algunas lágrimas de sus ojos, que corrieron por sus blancas mejillas, y juntó sus manos sobre el corazón como para contener sus latidos.

De repente algunos ladridos suaves y quejumbrosos la sacaron de su distracción: volvióse sorprendida y vió bajar corriendo por la escalinata de mármol á su perra Mirza, seguida del príncipe de Stolberg.

Un vivo rubor vistió las facciones de Luisa; mas haciendo un esfuerzo pudo, serena al parecer, salir al encuentro de su padre.

II.

Era el príncipe de Stolberg un anciano que pasaba de los sesenta años, de figura benévola y simpática y nobles facciones.

Acercóse á su hija, la abrazó amorosamente, después la hizo sentar en el banco de piedra que antes había ocupado y se colocó junto á ella.

— Buenos días, hija mía, dijo el príncipe estrechando en las suyas una mano de Luisa: he querido verte para hablar un rato contigo con formalidad y sobre todo con franqueza.

— ¡Padre!... murmuró la joven con un tono de afectuoso reproche.

— Déjame hablar, Luisa: luego contestarás á lo que te diga; repuso el príncipe con triste gravedad.

— Ya os escucho, padre mio; repuso la joven con sumisión.

El anciano prosiguió después de un penoso esfuerzo para serenar su voz conmovida por la emoción.

— Vas á casarte, hija mía; hoy dejarás este techo bajo el cual ha corrido tu vida feliz y tranquila, y en el que todos te amábamos con la mayor ternura; y al empezar el último día que has de pasar á mi lado, debo decirte los recelos que abrigo acerca de tu porvenir.

— ¡Recelos, padre mio! exclamó Luisa con tono de reconvencción.

— Sí, hija mía; recelos muy tristes, y... ¡quiera Dios que no sean fundados! Luisa, continuó el anciano, temo que el príncipe Carlos no sepa hacerte feliz!

— ¿Pero porqué, padre mio?

— Es ambicioso, inconstante, aturdido: se deja llevar siempre de la primera impresión: te vió dos meses hace pasando á caballo por delante de este palacio; se enamoró ciegamente de tí.... pero solo de tu belleza, hija mía: no es un amor de convencimiento, cimentado por el trato y por el aprecio de tus nobles cualidades: no es ese amor que se apoya en la simpatía del alma y de la inteligencia. Carlos tiene poco talento, y por lo tanto, hija mía, no puede apreciar el tuyo, que en esta ocasión solemne y por la vez primera de mi vida, puedo decirte que no es muy común; tu alma es apasionada y tierna; la suya ambiciosa, fría y calculista: tu imaginación poética, y su temperamento material y grosero: y no es esto, hija mía, lo que mas me aterra: es peor, á mi modo de ver, que tu esposo sea biznieto de Jacobo II de Inglaterra y que se le apellide el Pretendiente.

— Padre mio, repuso Luisa con firmeza, yo creía que lo que os había decidido principalmente á dar mi mano al príncipe Carlos era precisamente su cuna real. ¿Acaso no soy yo hija del príncipe Stolberg? ¿Tanto favor me hace?

— No, hija mía; repuso el anciano ahogando un suspiro: tu cuna no cede en nada á la suya: yo he adelantado quizá mis recelos mas de lo que debía: lo que mas cuidado debe inspirarnos es el carácter del príncipe.

— ¡Oh! ¡No temais eso! ¡Yo le cambiaré!... ¡Me quiere tanto!...

— ¡Santas ilusiones del amor! murmuró el príncipe con tristeza: ¡porqué os habeis de trocar tan pronto en descarnadas realidades!

Luisa no le oía: escuchaba con el corazón palpitante el paso aun lejano de un caballo.

— ¡Ahí está Carlos! gritó precipitándose hácia la puertecilla del parque, en tanto que su padre se dejaba caer en el banco que ella había ocupado poco antes.

Un momento después volvía Luisa á entrar en el jardín, apoyada en el brazo de un gallardo joven.

Era el príncipe Carlos Estuardo, prometido de la hija del príncipe de Stolberg.

Su figura era muy hermosa: alto y bien formado, sus facciones recordaban los puros rasgos de la fisonomía de la reina Ana Estuardo, su ascendiente: tendría la misma edad que Luisa, y sus ojos azules y sus cabellos rubios y ensortijados daban á su semblante un aire seductor de dulzura y juventud.

No obstante, examinándolo bien, se conocía que el frío egoísmo había hecho su presa de aquella alma de veinte años.

Llevaba un traje de terciopelo violeta ricamente bordado: los encajes de su cuello y de sus mangas valían una fortuna: resplandecía el puño de su espada, cuajado de pedrería, á los rayos del sol nascente, y sus cabellos que caían en largos bucles, á pesar de estar empolvados, según la moda de aquel tiempo, ostentaban su seductor matiz.

— Buenos días, señor; dijo con un frío respeto dirigiéndose al anciano que no había dejado su banco de piedra.

— Buenos días, príncipe; respondió el de Stolberg con la misma frialdad.

Los jóvenes se internaron para pasearse en una calle de fillos, y no bien estuvieron á alguna distancia, dijo Carlos con acritud:

— La conducta de tu padre es incalificable, Luisa.

La joven guardó un triste silencio.

— Yo que soy un príncipe real, prosiguió el orgulloso Estuardo, le hablo con el sombrero en la mano; y él que es un príncipe tributario me recibe sentado y cubierto.

Luego, como viese que Luisa no respondía nada, añadió mirándola con una especie de cólera:

— ¡Ah! ¡Si no fueras tan hermosa!

— Olvidad mi belleza si no podeis amar y respetar á mi padre como yo quiero, príncipe; dijo Luisa con firmeza: aun estais á tiempo.

— ¡Renunciar á tí! exclamó Carlos rodeando con su brazo el flexible talle de Luisa, como si temiese que viniesen á arrancársela.

Luego añadió entre dientes:

— ¡Antes renunciaría á mis derechos á la corona de Inglaterra!

Luisa se desembarazó dulcemente de la presión del príncipe: cambió de conversación, y entrambos continuaron su paseo.

III.

A las ocho de aquella noche se celebró en la capilla del palacio de Stolberg el matrimonio de Carlos Estuardo y de Luisa.

El desposado había firmado su contrato nupcial algunos días antes con su apellido regio, pero añadiendo el título de conde de Albany que le había concedido el Parlamento de Inglaterra, y que usó siempre desde el día de su casamiento.

El gran duque de Toscana Fernando III fué padrino de este enlace, y en su nombre el marqués de Rivoli, que fué expreso á Stolberg, enviado por su señor para representarle en la ceremonia y acompañar después á los ilustres desposados á Toscana, donde tenían preparada una espléndida residencia.

Toda la nobleza del distrito, de casi toda la Bélgica y mucha parte de la de Inglaterra — aquella que era adicta á la dinastía de los Estuardos — presenció el casamiento.

Luisa estaba radiante de belleza y de alegría, y en la frente del desposado se veía brillar también el orgullo satisfecho; mas la del príncipe de Stolberg estaba cargada de oscuras nubes; y cuando Luisa pronunció el sí que la separaba de él para siempre, lanzó un ahogado sollozo.

Acabada la ceremonia, los concurrentes pasaron á los salones donde estaba dispuesto un suntuoso banquete; terminado el cual fuése Luisa á su habitación, frocó su traje de raso blanco por otro de camino, y subió á un coche de viaje con su esposo.

Seguíanla en otros el marqués de Rivoli con su secretario, su servidumbre y la de Luisa, que no había querido separarse de su aya y de dos jóvenes, damas de honor suyas, desde que contaba una edad muy tierna.

El camino fué silencioso. Luisa lloraba acordándose de su buen padre, y apenas respondía á las apasionadas palabras del príncipe, que no pasaban de vulgares protestas.

Cuando rayó el día se hizo mas intensa la aflicción de la joven condesa; cada pradera, cada colina que el rápido rodar de su carruaje dejaba detrás, le decían que se alejaba de su hermosa Bélgica tan poética, tan bella, tan querida, y su pena se tornaba cada instante mas amarga.

Cansado el príncipe de consolarla se durmió, y Luisa al oír su sonora respiración y al ver la poca parte que tomaba en su pena, exclamó con voz ahogada por el llanto:

— ¡Oh, padre mio! ¿Por quién te dejo y qué amor me sostendrá en la escabrosa senda de la vida?

En la frontera de Toscana hallaron al duque Fernando que salió á recibirles y les acompañó al palacio que tenían destinado en las cercanías de Florencia.

El gran duque cenó con el conde de Albany y su esposa, cuya belleza pareció hacerle una fuerte impresión: luego, llevando aparte á aquel:

— ¿Necesitas algo, conde? le preguntó con la mayor cordialidad.

— Nada, duque; respondió friamente Carlos, recalando la palabra *duque*.

Irguióse con soberbia Fernando III, y cubrió su cabeza que hasta entonces había tenido descubierta por atención á la condesa.

— ¡Soy un príncipe reinante! dijo con majestad.

— ¡Soy un Estuardo! contestó con insolencia Carlos poniéndose tambien su sombrero.

— Conquistad un trono y os trataré como á rey, repuso Fernando III volviéndole la espalda.

Acercándose después á Luisa que se recostaba tristemente en un sillón, quitóse de nuevo el sombrero y le preguntó:

— ¿Puedo hacer algo por vos, señora?

— Gracias, príncipe; contestó la condesa que se levantó sin perder por eso nada de su dignidad: muchas gracias: las cortes de la casa de Borbon nos han señalado rentas sobrado crecidas para nuestra condición.

Carlos lanzó á su mujer una mirada de desprecio, y

(1) Tomamos esta bonita leyenda de la colección de leyendas biográficas que con el título de *Galería de mujeres célebres* ha empezado á publicar con mucha aceptación la señora doña María del Pilar Sinues de Marco.

el duque sin mirar al orgulloso *Pretendiente* salió diciendo en voz muy baja:

— ¡Es un ángel!

IV.

Cinco años han pasado.

Era una noche de invierno de 1777 y en un salon de un hermoso palacio de Florencia se hallaba el conde de Albany sentado junto á una jóven de fisonomía mas que bonita, espiritual y simpática.

— ¡Señor, decia ella procurando desasir su mano de entre las del conde: señor, dejadme! Jamás, no, jamás podré resolverme á hacer traicion á vuestra esposa, á cuyo servicio estoy desde la edad de doce años, y que tantas pruebas me ha dado de afecto y de bondad.

— ¡Bah! ¡bah! ¡Palabrería, mi querida Leopoldina, pura palabrería! contestó el conde, cuyo semblante estaba abotargado y cubierto de granos, fruto de su estado casi continuo de embriaguez desde hacia tres años.

— Os repito, señor, que no quiero escucharos.

— ¿Preferes hablar y que te escuche yo?

— ¿Y qué quereis que os diga?

— La vida que ha llevado la condesa durante los dos meses que yo he pasado cazando.

— ¡Oh, de buena gana os lo diré! contestó Leopoldina en cuyos hermosos ojos negros brilló la alegre esperanza de verse libre á poca costa de las persecuciones del conde.

— Habla pues.

— La señora condesa se ha levantado temprano, como siempre: ha empleado en su tocador la hora y media que tiene de costumbre, pues ya sabeis que nunca descuida su persona, como si agradeciese á Dios el haberla dotado de tan admirable belleza.

— ¿Y qué mas? preguntó impaciente el conde.

— Luego ha dedicado las primeras horas de la mañana hasta la del almuerzo á la música y á la pintura: despues de almorzar ha escrito su larga y diaria carta á su ilustre padre.

— ¡Todavía dura en ella esa abominable costumbre! barbotó con ira el conde.

Despues añadió dirigiéndose á Leopoldina:

— Prosigue.

— Acabada la carta ha salido á paseo en carruaje ó á caballo con sus escuderos y con Amelia ó conmigo, segun á la que correspondia, pues seguimos un turno riguroso.

— ¿Y quién la acompañaba en el paseo?

— Algunas veces S. A. el gran duque.

— ¡Magnífico! exclamó el conde frotándose las manos con una malvada alegría: ¿y venia á buscar aquí á la condesa?

— No, señor: solo paseaban juntos cuando se hallaba en el paseo.

— ¿Quién mas acompañaba á la condesa cuando no encontrábais, *por acaso*, se entiende, al gran duque?

— Nadie, respondió la camarera con mal segura voz.

— ¡Mientes! gritó Carlos con furia.

— ¡Señor!

— ¡Dí la verdad!

— Señor, la acompañaba alguna vez tambien el conde Víctor Alfieri, ese noble italiano tan melancólico y adusto y que, segun dicen, es tan gran poeta.

— Adelante.

— Despues del paseo, la señora condesa se vestia para comer; y luego volvía á vestirse para recibir á los nobles extranjeros que cada dia la presentaban y que eran casi los mismos que hoy frecuentan el palacio.

— ¿No venia tambien el conde Alfieri?

— Como ahora: todos los dias.

— ¿Salía cuando todos?

— No: antes que nadie.

— ¿Porqué no querias decirme que el conde Alfieri acompañaba en sus paseos á la condesa?

— ¡Oh, señor! ¡Dicen que sois tan celoso!...

— ¡Pobre Leopoldina! Solo es uno celoso cuando ama; así, guardate de tener ningun amante, ó si lo tienes, ocúltamelo.

— Pero, señor, ya sabeis que estoy prometida al vizconde Gualtero y que le amo.

— ¡Pues le mataré!

— ¡Bah! ¿Porqué? dijo la pobre niña, cuyos labios pálidos se esforzaban en formar una sonrisa.

— Porque te amo.

— ¿Y mi señora?

— ¡La odio, y quiero á fuerza de malos tratamientos obligarla á pedir el divorcio!

— ¡Oh Dios mio! ¡á ella tan noble, tan hermosa!

¿Y qué lograreis con el divorcio?

— Así que lo consiga trataré de hacer anular nuestro casamiento bajo el pretexto de que la esterilidad de Luisa dará lugar á extinguir la raza de los Estuardos.

— ¡Pero eso no es verdad! La condesa ha dado á luz dos niños muertos, efecto de los disgustos que le haceis sufrir.

— ¿Qué me importa? Yo necesito enlazarme con una princesa de una casa soberana, que me ayude á colocarme en el trono de Inglaterra.

— ¿Y qué quereis hacer entonces de mí?

— ¡La reina de mi corazón! contestó el cínico esposo, tratando de abrazar á Leopoldina.

Mas esta, ágil como una ardilla, se escapó de entre sus manos y corrió á encerrarse en su cuarto, donde derramó un torrente de lágrimas, menos por sí que por su infortunada señora.

V.

El conde de Albany hirió el suelo con su pié, lleno de cólera, al ver desaparecer el último pliegue del flotante traje de la dama de honor: luego empezó á pasearse por la habitacion con aire preocupado.

Ya no era el hermoso jóven que hemos conocido el dia de sus desposorios: toda la elegancia de sus formas habia desaparecido, invadida por una repugnante grosura: sus ojos azules, antes tan rasgados y hermosos, estaban rojos y rodeados de hondas ojeras, producto de sus noches de orgia: su tez encendida y salpicada de manchas y granos: su dentadura ennegrecida por el uso continuo de la pipa y descuidada por completo: notábase en toda su persona un no sé qué de compostura afeminada, de vergonzoso enervamiento y de falsedad depravada y cruel.

Su pasión por Luisa habia pasado muy pronto: tres meses despues de su casamiento descubrió la jóven los amores de su esposo con una muchacha del pueblo que se presentó llorando á gritos á la puerta del palacio.

Luisa la hizo entrar en su habitacion, la consoló, le dió una crecida suma de dinero y saludables consejos para en adelante, y la pobre muchacha se arrodilló á sus piés llamándola su ángel tutelar.

La condesa dió á su esposo tiernas y sumisas quejas de su infidelidad: él la respondió riendo y jugueteando, y la desgraciada jóven olvidó bien pronto aquella injuria.

Algun tiempo despues, el conde quiso ir á vivir á Florencia, y dejando su risueño castillo en las cercanías de esta ciudad, compró un palacio dentro de sus muros y condujo á él á su esposa.

Entonces empezó una vida de desórdenes y conspiraciones políticas, para las cuales contaba únicamente con gente perdida, con emigrados de equívoca procedencia y con duelistas, desterrados ó expatriados por sus excesos.

Luisa le vió pasar muchas noches seguidas fuera de su casa: le vió volver embriagado y conducido por dos de sus infames amigos: sufrió que tuviese citas con sus queridas dentro de su mismo palacio; y convencida de que ni sus quejas ni sus reconvencciones podrian cambiar aquella grosera naturaleza, se resignó á sufrir y á permanecer retirada en su habitacion la mayor parte del dia, acompañada de su aya y de sus dos damas de honor.

Las empresas del príncipe abortaron todas, debiendo el no ser encerrado en un castillo para toda su vida á la consideracion que el gobierno inglés tenia á su régia cuna: sus agentes le estafaban y validos de la nulidad de su talento le hacian creer absurdos que jamás debía ver realizados: cuando le suponian próximo á irritarse contra ellos, le llevaban á una cena crapulosa ó á una casa de juego y allí apagaban el ardor de su cólera con el cansancio de nuevos excesos.

Dos años pasaron en tenebrosas conspiraciones y en vergonzosos placeres, y durante ellos Carlos Estuardo conservó hácia su mujer, si no cariño, al menos cierta consideracion: cuando la vió próxima á ser madre pareció reanimarse en él un sentimiento mas noble, y hubiérase dicho que la agradecia la perpetuidad de su nombre.

Poco antes de dar á luz la condesa á aquel hijo tan esperado, volvió Carlos á su palacio cerca del dia conducido por dos de sus comensales y herido en la cabeza por un vaso que un convidado ebrio le habia arrojado en el calor de una disputa: venia tan espantoso, tan cubierto de vino y sangre, tan desfigurado en fin, que el corazón de Luisa tembló en su pecho y cayó esta sin sentido dando un grito penetrante.

Al dia siguiente dió á luz un niño muerto.

Cuando el conde volvió en sí y le enteraron de lo ocurrido fué al cuarto de su esposa y tuvo la crueldad de injuriarla con groseras reconvencciones; pero Luisa se incorporó en su lecho, blanca, severa y helada, y le dijo estas solas palabras:

— ¡Carlos, la muerte de mi hijo ha apagado mi amor hácia vos; dejadme!

El corazón del príncipe tembló al oír estas palabras: Luisa era su ángel bueno y le abandonaba!

Durante algun tiempo cambió de vida y Luisa creyó en su arrepentimiento.

¡Pobre niña! ¡No sabia con quién estaba unida, ni quién era el hombre que, á pesar suyo, amaba todavía!

El conde volvió á su vergonzosa vida: para ser feliz en su apacible retiro con la hermosa, con la angelical Luisa se necesitaba otra inteligencia mas elevada que la suya, otro corazón mas sensible, otra alma mas tierna; carecia enteramente del sentimiento de lo bello: las artes no decian nada á su imaginacion vulgar: odiaba la lectura, y como rico y gran señor no reconocia obligaciones forzosas.

Un año despues y próxima Luisa á ser madre por segunda vez, se retiró á su castillo señorial para dar á luz el ilustre vástago de los Estuardos: las casas reales de Inglaterra, de Francia y de Toscana habian despachado sus embajadores, para asistir al parto de la princesa; los Países Bajos enviaron ricos presentes para el recién nacido, y las cortes de Roma y de Borbon habian nombrado su servidumbre: Carlos Estuardo era rechazado por los ingleses por su nulidad y sus vicios; pero todo anunciaba que muchos acataban en su sucesor al heredero del trono.

Luisa esperaba á su hijo rogando á Dios que no le malograra: una noche, que estaba leyendo en su libro

de oraciones, oyó parar un coche á la puerta del castillo: era cerca de la una y Luisa creyó fundadamente que seria su marido; pero su sangre se heló en las venas al oír á su aya disputar con una mujer que al fin se precipitó en su cuarto pálida y desgrenada.

Era la condesa Giovanna Vassi, dama de su esposo y conocida públicamente por tal.

La condesa era alta, morena, varonil y parecia poseída de una violenta cólera.

— ¡Se ha escapado! gritó como una hiena. ¡Ha huido!

Luisa calló: tenia seca la garganta y no habia sonidos en su pecho.

— ¡Pues qué, señora! continuó la condesa ¿sois de mármol? ¡El príncipe ha huido á Paris con la bailarina Florian! ¡Vamos, vos que podeis, enviad en su busca! ¡No teneis soldados, escolta, lacayos, coches!... ¿En qué pensais?

Luisa se puso lívida; abrió mucho sus grandes ojos negros; vieron brotar en su frente menudas gotas de un helado sudor: crispáronse sus manos, tembló horriblemente y luego gritó con un acento arrancado del alma:

— ¡Mi hijo ha muerto! ¡Dios maldiga á su asesino!

Cruzó con fuerza sus manos sobre su seno, como para retener el postrer aliento de su hijo que agonizaba en sus entrañas, y cayó rígida y pesadamente en los brazos de la condesa Giovanna que, en aquel momento, hubiera deseado que la tragase la tierra.

VI.

La camarera mayor ó aya de la princesa escribió á Carlos la muerte prematura de su hijo y el estado de desesperacion de Luisa un mes despues de la noche fatal en que esta sintió morir en su seno á la pobre criatura; pero el conde, preso mas que nunca en las redes de la Florian y habiendo perdido otra vez la esperanza de ser padre, permaneció un año en Paris al cabo del cual, arruinado por la bailarina y por el juego, volvió á Toscana.

Al ver á Luisa no pudo menos de estremecerse: no era ya mas que la sombra de la deslumbradora belleza que la habia hecho célebre en toda la Europa: su tez tenia la diáfana blancura del nácar, y sus grandes ojos estaban apagados como los de todas aquellas personas que han sufrido mucho, pareciendo mas grandes por su extremada falta de carnes.

Sin embargo, aun era muy bella: su rostro, tan puro como un camafeo antiguo, estaba guarnecido de gruesas y apretadas trenzas de cabello rubio; notábase en toda su persona y en sus actitudes, llenas de una adorable gracia, la resignacion hácia la voluntad de Dios y la inefable serenidad de la conciencia.

Luisa apenas contaba veinte y seis años y ya no tenia amores ni ilusiones, viviendo, desde hacia ocho meses, de la inteligencia y de la devocion.

Al entrar su marido en su habitacion quiso abrazarla: mas ella se puso en pié y rechazándole con dignidad:

— Apartad, señor, le dijo: todo ha concluido entre nosotros: desde hoy somos extraños el uno para el otro; seguid vuestro camino y dejadme seguir en paz el mio, seguro de que jamás mancharé, á ejemplo vuestro, el nombre real de los Estuardos.

El príncipe se retiró avergonzado y confundido; mas pronto volvió á su degradante vida, y las partidas de caza alternaban con los convites en Florencia y con las juntas sediciosas y secretas.

Mas al fin llegó á perder completamente las esperanzas de reinar: la Inglaterra le odiaba; aquella nacion severa, justa, rígida, no podia apreciar las pretensiones del príncipe Carlos: entonces todo el enojo de este se volvió contra su santa é irreprehensible esposa: arrepintióse amargamente de haberse unido á ella, y creyó que si se hubiera enlazado con una princesa de una familia reinante, esta le hubiera dado tropas y recursos para conquistar el trono de sus abuelos.

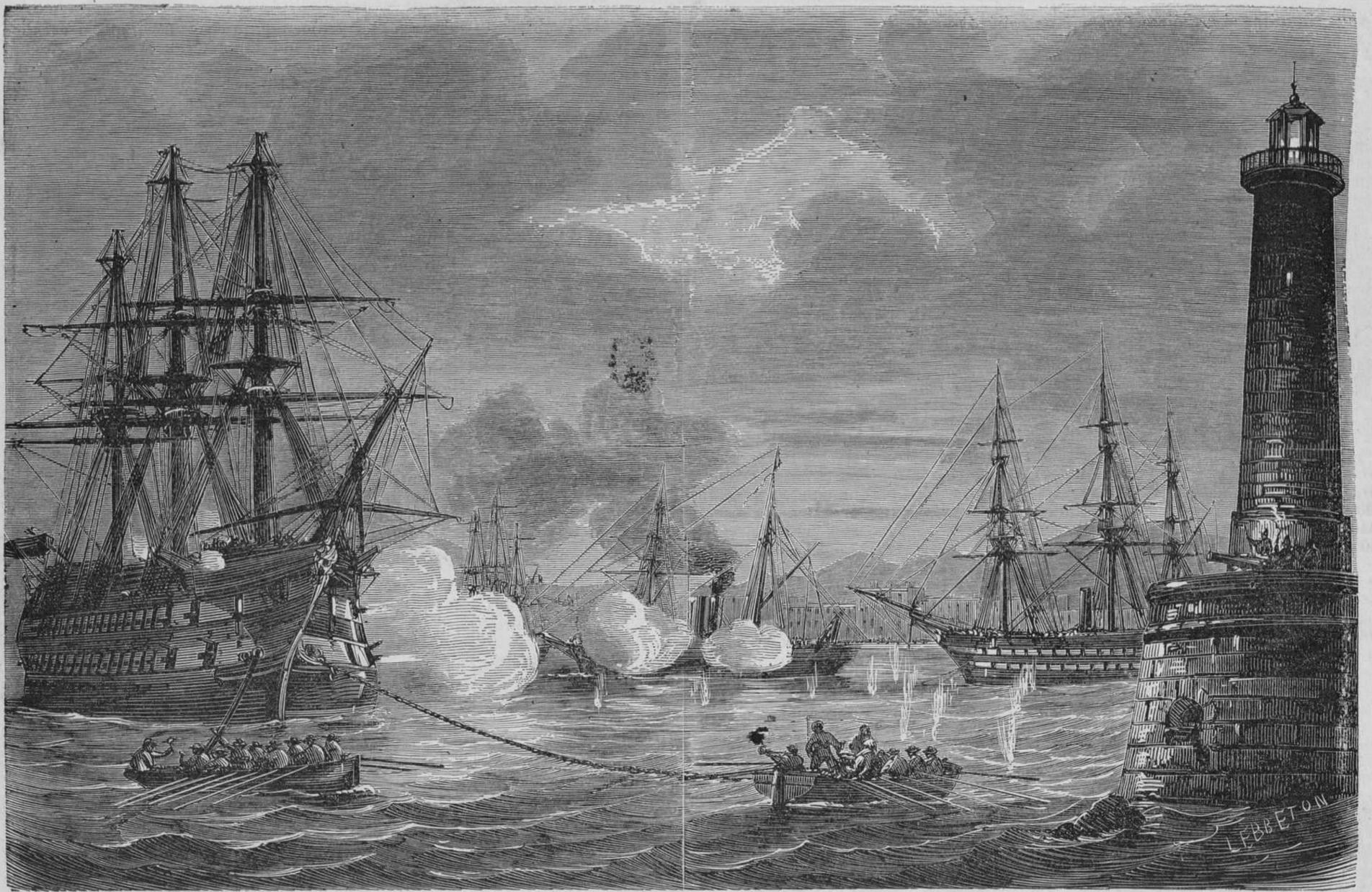
Cuando acompañaba alguna vez á su esposa en público, habia observado que la miraba con una atencion sostenida y constante un hombre de hermosa figura, pero de fisonomía adusta y que parecia tener de veinte y ocho á treinta años: habia tomado en el teatro el palco que daba frente al de los príncipes, y sus fogosos ojos negros no se separaban un momento del bello y melancólico semblante de la condesa.

Carlos se informó y pronto supo que aquel hombre era el conde Víctor Alfieri, conocido como gran poeta: dos años hacia que habia dado al teatro de Turin su tragedia *Cleopatra* y su comedia *los Poetas*, obteniendo una y otra un triunfo completo: ocupábase entonces de su excelente *Traducción del Salustio*; habia concluido su magnífico *Tratado contra la tiranía* y sus ardientes odas á la *Revolucion de la América setentrional*; y ya habia leído delante de la nobleza sus tragedias *Virginia*, *Antigona*, *Bruto* y *Mirra*. En suma, Alfieri era una de las personas mas distinguidas de toda la Toscana por su noble cuna, y aun mas por su extraordinario talento.

(Se concluirá.)

Operaciones de Garibaldi.

Damos nuevos pormenores de los últimos movimientos de Garibaldi. En Reggio, aunque la lucha fué corta, parece que fué sangrienta. El fuego de la plaza bien



ATAQUE DEL MONARCA POR EL VELOCE, CERCA DE CASTELLAMARE.

Monarca.

Buque inglés.

Veloce.

Buque francés.

Faro.

dirigido á pesar del corto número de artilleros, causó grandes pérdidas á los voluntarios. Las fuerzas de Bixio fueron las que sufrieron mas, y el mismo general fué ligeramente herido en el brazo; pero habiendo

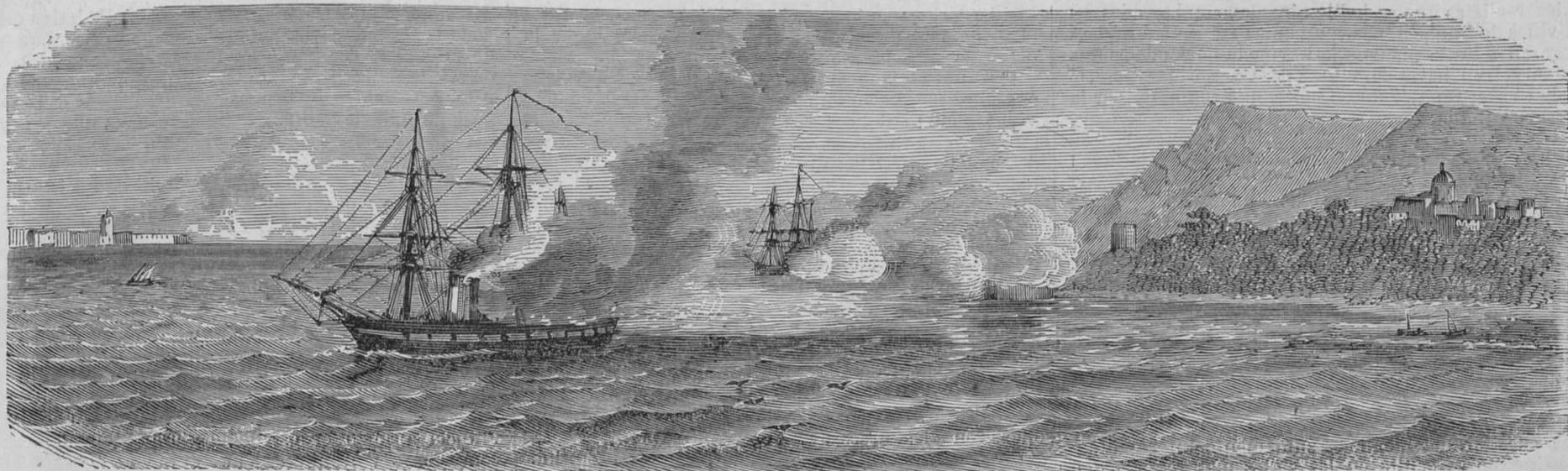
sido tomadas por asalto las obras exteriores, los artilleros se negaron á continuar sus servicios, haciendo necesaria la rendición de la plaza.

Segun el *Corriere mercantile*, la pérdida de los na-

politanos asciende á 500 hombres muertos ó heridos, y 400 prisioneros. Los garibaldinos encontraron en el fuerte ocho piezas de campaña, dos cañones á la Paixan de 80, y seis de 36; doce obuses, ocho piezas de posi-



OCUPACION DE LA PLAZA DE LA IGLESIA EN BEGGIO, EN CALABRIA.



ATAQUE DEL FARO.

ción, quinientos fusiles y gran cantidad de víveres, caballos y mulas.

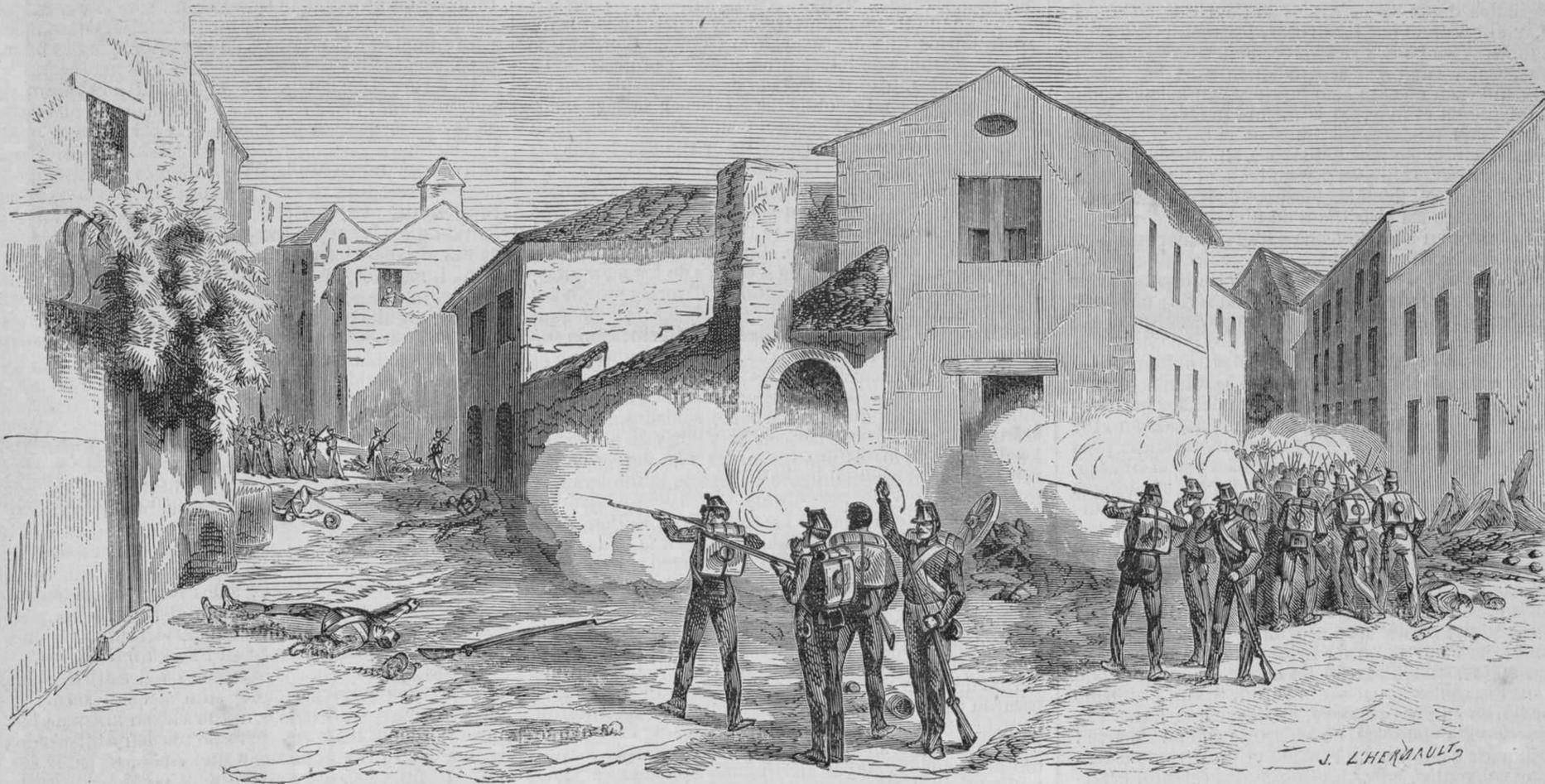
Al otro día del combate, el coronel Ranna fué nombrado gobernador de Reggio, y Garibaldi se retiró há-

cia Aspromonte, que domina los aproches del fuerte de San Giovanni.

Esta aldea de 4,000 habitantes era el punto de embarque mas próximo para Mesina, y como además poseía

un fuerte con unos 1,000 hombres y 10 piezas de artillería, no podía quedar á retaguardia del ejército.

Una parte de la division Cosentz, que se habia embarcado en el Faro, iba á reunirse con los soldados de



COMBATE EN LA PLAZA DE SAN FELIPE EN REGGIO.

Reggio sobre las alturas detrás de San Giovanni, en tanto que las fuerzas restantes, escalonándose sobre la costa para hacer una diversion á los napolitanos, iba á ocupar la aldea de Salerno á una legua de Scylla.

El dictador, despues de haber enviado una bandera blanca á San Giovanni, vió á los realistas evacuar el fuerte, arrojando en pos de sí como en Reggio sus armas, municiones, etc., y retirarse á los montes de la

extremidad de la cadena apenina. Casi al mismo tiempo una escaramuza se empeñó entre los 400 hombres de la division Cosentz que acababan de ocupar á Salerno bajo las órdenes del coronel Flotte, y una parte



LA GUARNICION NAPOLITANA ESPERANDO SU EMBARQUE EN EL MUELLE DE REGGIO.

de los realistas que se habían quedado emboscados en las viñas de la aldea. Las compañías francesa é inglesa cargaron á los realistas á la bayoneta haciéndolos que se replegaran hácia Miletto. En esta refriega pereció M. de Flotte, republicano francés, que combatía por la libertad italiana.

El 23 Garibaldi, á la cabeza de 5,000 hombres, rodeaba el fuerte de Torre-del-Cavallo, situado enfrente del Faro, que con esta última fortaleza manda el estrecho; el fuerte capituló, y su toma fué seguida de la de Scylla.

Después de la capitulación de este último fuerte, Garibaldi continuó hácia Nápoles en medio de las aclamaciones de los pueblos que atravesaba.

Drusos y maronitas (1).

La cuestión del Líbano es sumamente interesante; su principio se oculta en los siglos mas remotos del cristianismo, y sus incidentes están enlazados con la historia político-religiosa de la Europa; para su estudio es preciso remontarnos hasta el origen de los pueblos que habitan la montaña, y buscar en su cuna los gérmenes de sus disensiones. Líbano, y por antitesis Antilíbano, llámase respectivamente los brazos de una cadena de montañas que atraviesan la Siria del Norte al Sur, como los Alpes la Italia: habitados el primero por los maronitas, que ocupan los valles mas céntricos y florecientes desde las cercanías de Beyruth hasta Trípoli, y el segundo por los drusos, los metualis y otros beduinos. Y como dos rios, procedentes de fuentes diversas, después de regar separadamente un largo territorio confluyen en el mismo punto y van á descargarse juntamente en el mar, de la misma manera los destellos de ambos pueblos, distintos en el origen, se confunden desde principios del siglo XVII, durante el gobierno del emir Takredin; y obligan al que se precia de estudiarlos con fidelidad (después de haber examinado por separado las vicisitudes de una de las dos naciones) á pararse en aquella fecha para reanudar luego las épocas y los acontecimientos.

No trataremos de esclarecer la historia hipotética de los maronitas anteriormente al quinto siglo; ni seguiremos los argumentos con los cuales el cronista árabe Eutiquio (seguido por autores de mérito incontestable, como Guillermo de Tyro, Jaime de Vitry, obispo de San Juan de Acre, y el cardenal Baronio), pretende probar que los maronitas derivan su nombre de *Maron*, hereje de la secta monotelítica, y que toda la nación en 1182 se reunió espontáneamente á la Iglesia católica; pues basta leer las diversas obras publicadas por el libanita fray Navron en Roma á fines de 1700, para cerciorarse de lo erróneo de las opiniones de Eutiquio. Mas sostenible es la doctrina de que á principios del siglo V (según consta por la epístola 36 de san Juan Crisóstomo) ó á fines del VI (según opina Volney), un piadoso hermitaño se estableció en la cumbre de la montaña cerca de un antiguo templo pagano que convirtió en iglesia de Dios; y que habiéndose esparcido por el Oriente su renombre, concurrieron de todas partes muchos celosos cenobitas, que fundaron un convento en que vivió con sus discípulos aquel santo varón. Según él mismo lo predijo en su hora postrera, el fervor que había excitado su vida ejemplar no se apagó con su muerte: multiplicóse como en la Tebaida el número de claustrales y conventos, entre los que el mas célebre, erigido cerca de Apamea, á la orilla del Oronte, llevaba el nombre de *San Maron*, y siendo considerado como el centro de los cristianos ortodoxos, fué causa de que los herejes apellidasen maronitas á los sirios que conservaban intacta y pura la fe del Señor.

Hasta aquella fecha la vida de los conventuales había transcurrido plácidamente; pero los errores nestorianos y jacobitas, á cuya introducción se opusieron los maronitas con erudición y virtud, vinieron á estorbar su tranquila existencia sujetándolos á la terrible prueba, en la que perecieron por la fe de Cristo (según consta por una Memoria presentada por veinte y cuatro arquimandritas al pontífice Hormisdas) mas de 350 religiosos. Uno de los monjes que sobresalieron por su erudición y lo ejemplar de su vida fué Juan, el segundo Maron. Luchaban abiertamente en aquella época los latinos ó partidarios del papa con los melquitas ó partidarios del emperador: Juan el maronita apoyó la causa de los primeros, y el pontífice Honorio I lo consagró arzobispo de Antioquía. Los progresos del misionero fueron rápidos y afortunados; todos los cristianos sirios que habían resistido á la invasión monotelítica se reunieron con sus familias en su alrededor, y con el tiempo vióse florecer, no ya una simple congregación, sino un pueblo entero.

Los latinos refugiados en el Líbano se fortificaron en aquellas montañas, y formaron una comunidad independiente bajo los aspectos civil y religioso; la sociedad fué constituida sobre un principio regular y guerrero; compraron armas y eligieron jefes ó emires, y se apoderaron gradualmente de todas las montañas hasta

casi Jerusalem: tanto mas, que facilitaba sus conquistas el cisma islamítico, que ya comenzaba á sembrar la discordia entre los secuaces de Mahoma.

Pero á la fortuna sucedieron los reveses: Mohavieh, cuarto califa que sucedió al profeta, devastó la Fenicia y el Líbano: entonces los numerosos maronitas, guiados por jefes valientes, no se contentaron con defenderse como guerrilleros, detrás de sus peñas, sino que bajaron á las llanuras y atacaron al ejército turco. Derrotáronlo; pero los árabes furiosos, reunidas nuevas fuerzas, sitiaron la ciudad de Haded, la capital de la montaña, y la tomaron alevosamente después de una guerra de siete años. Los sarracenos la demolieron y sacrificaron á sus habitantes; pero los que sobrevivieron al degüello se refugiaron en Bescharrí, en donde fundaron una nueva metrópoli: y proclamados por Mohavieh como *maraidites* ó rebeldes, y considerados por tanto como bandidos ó *outlaws*, tuvieron que defenderse contra las fuerzas enemigas, desplegando el mismo valor que mas tarde los mainotes de Grecia opusieron á los turcos en las peñas de Maina.

Cuando años después el vacilante imperio bizantino se vió amenazado por los califas en la misma Constantinopla, los maronitas ofrecieron su potente ayuda contra los árabes, solicitando en cambio de su valor el efímero protectorado de los emperadores de Oriente; pero los príncipes griegos, no solo quedaban sordos á la causa sagrada de los pueblos cristianos, sino que voluntariamente destruyeron el único dique que podían oponer á la invasión otomana, sacrificando á sus correligionarios del Líbano y entregándolos por traición á sus implacables enemigos.

Justiniano II, no menos traidor y cruel que la mayor parte de los que degradaron el trono de Constantino Magno, después de haber prometido su protectorado á los maronitas, hizo un tratado de paz con los árabes, en virtud del cual se obligaba á extirpar la raza montañesa; y enviando al general Leoncio en calidad de su lugarteniente para tratar con los cristianos, le dió sus instrucciones secretas. Leoncio convidó á comer al jefe de los libanitas, y hollando las santas leyes de la hospitalidad (digno discípulo de la escuela de Locusta romana, é inicuo instrumento de una política infame) envenenó al confiado emir. En seguida el emperador, bajo pretexto de utilizar los servicios de los maronitas, corrompió á los jefes y diseminó en diversas provincias doce mil de aquellos valientes soldados: ¡y hé aquí según dice el historiador sarraceno El-Mazin, cómo fué restablecida la paz en el Líbano! Verdad es que bajo el mando de los amoiades y los primeros abasides, los cristianos de Siria fueron generalmente tratados con dulzura; pero así que los bárbaros soldados del Norte asiático bajaron á sostener con su valor y su ambición los destinos de los califas vacilantes á su vez, los libanitas sufrieron especialmente el peso de la intolerancia musulmana.

Vinieron las cruzadas, y los soldados de Bullon, después de la toma de Antioquia, llegados á la falda de la montaña, fueron saludados con entusiasmo por sus hermanos del Líbano; y un sin número de cristianos y piadosos solitarios que habitaban aquellas sierras, descendieron para ver á sus correligionarios de Occidente, llevándoles víveres y guiándolos en su marcha (*Michaud: Histoire des croisades*. — Tomo I, L. IV). Guillermo de Tyro dice también que cuando las cruzadas pasaron cerca de Trípoli, los maronitas se presentaron para testificar los tiernos sentimientos de afecto que hacía ellos abrigaban. ¡Cómo habrán resonado sus vitores en aquellas playas afortunadas! ¡Qué espectáculo tan sublime debió ser el de pueblos con lenguas y costumbres diversas, que mezclaban sus almas en un abrazo amistoso, que se llamaban con el dulce nombre de hermanos en la fe, así como luego lo fueron en el martirio! ¡Con qué emoción las naves de Europa saludarían la cruz de la montaña que desde el convento de Maron se ofrecía á sus ojos como iris de paz, como prenda de la victoria! Raimundo de Agiles (*Biblioth. des crois.* — Tomo I), haciendo mención de una colonia de sesenta mil cristianos que habitaban el Líbano, dice: «Estos cristianos sirvieron de guía á los peregrinos, y les indicaban tres caminos para llegar á Jerusalem: el primero por Damasco, muy fácil, siempre lleno y nunca falto de víveres (*plena victualium*); el segundo por el Líbano, seguro y lleno de provisiones, pero difícil para los caballos; el tercero por la orilla del mar, lleno de dificultades, en donde cincuenta musulmanes podían, queriéndolo, impedir la marcha del género humano.

«Pero, añadian los cristianos, si sois la nación que ha de apoderarse de Jerusalem, debéis, según el evangelio de san Pedro, pasar por la orilla del piélago, aunque este camino nos parezca imposible de seguir.» Este último fué el camino que escogieron las cruzadas. En la santa lucha los maronitas, según sus cronistas é historiadores, perdieron combatiendo cuarenta mil soldados, y formaron parte del reino de Jerusalem. La conquista de la Palestina por los otomanos mudó la envidiable situación de los pueblos del Líbano, y la empeoró de tal manera, que los maronitas, aunque profundamente separados de los drusos (que habían invadido y propagado en la montaña) por causas políticas y religiosas, tuvieron que unirse con ellos para resistir al enemigo común y quedar dueños de sus sierras. Los temores de los cristianos se realizaron bien pronto. Selim I, á su vuelta de la conquista de Egipto, no se dignó detenerse en las faldas del Líbano: su sucesor Soliman II, ocupado por diversas guerras, ora contra los caballeros de Rodas, ora contra los persas del Ye-

men, ora contra los húngaros y Carlos V, había olvidado la costa de Siria. Entonces los maronitas, bajando de sus peñas, echaron á los invasores y se apoderaron de las llanuras. Pero en 1588, Amurath II envió á Ibrahim, bajá del Cairo, con fuerzas numerosas para subyugar el Líbano, y durante los dos siglos que se sucedieron, los cristianos apuraron hasta las heces la copa de la amargura.

Hartos de tanto sufrir en el siglo XVII, haciendo un esfuerzo supremo los maronitas y drusos, se sublevaron contra los turcos; pero la estrella del imperio otomano había empezado á oscurecerse, los heroicos conatos del pueblo oprimido fueron coronados momentáneamente con éxito afortunado; reconquistaron la suspirada independencia, bajo el mando del emir druso Takredin: hasta que á la trágica muerte de aquel príncipe valiente cayeron otra vez en manos de sus despiadados perseguidores. ¡Lo que han padecido desde entonces, Dios solo lo sabe! En sus desgracias no dejaron sin embargo de volver los ojos hácia el Occidente, y la Francia alcanzó el privilegio glorioso de obtenerles concesiones y franquicias que el miedo arrancaba, y frustraba la mala fe del Divan. Un solo tesoro, la religión, les quedó intacto; pues todo el poder, toda la crueldad de los osmanlis no pudieron robárselo jamás, *portas inferi non preváluerunt*. He observado ya que la historia de los pueblos del Líbano, separada y distinta durante los primeros siglos, se confundía y unía en la época del emir Takredin: aquí es preciso interrumpir la historia de los maronitas para reanudarla luego con la de los drusos. Pero no creo inoportuno, antes de estudiar las vicisitudes de estos, examinar ligeramente la administración interior de aquellos, para completar el bosquejo de la nación que nos hemos propuesto ofrecer á nuestros lectores.

La forma de su gobierno administrativo es puramente tradicional, *more majorum*; y careciendo de cuerpo de leyes escritas, su jurisprudencia primitiva y sencilla se circunscribe al derecho consuetudinario. Reina entre ellos una grande independencia; y aunque la creencia religiosa mantiene la unidad nacional, la naturaleza del país, que otorga á cada distrito, casi á cada familia que vive esparcida por la montaña ó reunida en aldeas aisladas, los medios de resistir contra la invasión, impide el establecimiento de un poder supremo y absoluto.

Los maronitas forman una tribu bastante numerosa: en 1784 Volney los calculaba en ciento y diez mil almas; en 1859 la población se había duplicado. La nación puede dividirse en dos clases, los jefes ó cheiks y el pueblo. Los jefes ejercen una especie de autoridad feudal, como los nobles con señorío en la edad media, y administran la justicia sumariamente: el patriarca maronita constituye el tribunal de apelación en cuestiones civiles, y reúne en sí toda la jurisdicción eclesiástica. Los maronitas son esencialmente agrícolas: cada uno vive de su trabajo manual; los jefes se distinguen de los administradores en el derecho de tener caballo, como los *equites* romanos, y en cubrirse los hombros con una pelliza: todos son eminentemente hospitalarios. Considerados bajo el aspecto religioso, los maronitas obedecen directamente al sumo pontífice, aunque ellos mismos eligen su *batrach* ó patriarca.

Los sacerdotes están dispensados del celibato; mas este privilegio no pertenece sino al clero secular, y cuando se hayan casado con una virgen antes de recibir las órdenes mayores; pero no pueden contraer matrimonio en ningún caso con una viuda, ni pasar á segundas nupcias: los conventuales y obispos guardan el celibato.

La liturgia maronita es diversa también de la romana: la misa se celebra en lengua siria, y la comunión se hace bajo ambas especies; el clero inferior vive del altar y del trabajo de sus brazos. Además de muchos sacerdotes seculares, el Líbano contaba doscientos monasterios de indígenas, hombres y mujeres, y otros muchos de griegos unidos. Los lazaristas y los jesuitas fundaron varios conventos, y gracias á la instrucción que se ha dado á los maronitas, han llegado á ser entre los musulmanes lo que son los *coplos* en Egipto y los *persas* en Afghan; es decir, los autores y secretarios de la correspondencia de los turcos y drusos. En el ejercicio de su culto, los maronitas han gozado de una libertad ilimitada, que compraron y pagan á precio de su sangre y fortunas; solo ellos, entre los pueblos cristianos sometidos al yugo musulmán, se atreven á hacer públicamente sus procesiones, precedidas de ministros del santuario cubiertos con sus adornos eclesiásticos y seguidos de cruces y banderas. Todo el mundo conoce la aversión que tienen los turcos al sonido de las campanas; sin embargo, las del Líbano tocaron siempre con la omnimoda espontaneidad de la independencia. Los sentimientos que excita esta manifestación religiosa fué elocuentemente descrita por el mariscal duque de Ragusa en el tomo segundo de sus viajes. Hé aquí sus palabras:

«Durante mis excursiones, experimenté una muy viva sensación que no había previsto, y cuyo efecto no hubiera imaginado jamás. El sonido de las campanas de iglesias y conventos del Líbano sintióse de repente en el aire y sorprendió dulcemente mis desacostumbrados oídos. Aquel repique tiene algo de mágico y divino para el europeo que lo oye; y los sonidos argentinos que se elevaban al cielo, recordándome á mi patria y mi religión, no podían hallarme indiferente ó frío. Aquel solemne llamamiento á las preces obra misteriosamente sobre todos los seres racionales y sensibles, porque despierta el recuerdo de lo que debemos al Crea-

(1) Aun cuando en números anteriores hemos publicado un estudio sobre los pueblos del Líbano, creemos de interés el que damos hoy copiado del *Horizonte*, que trata del origen, tendencias, costumbres y carácter de los mismos pueblos, y señala las circunstancias que han producido los horribles desórdenes que la Francia ha acudido á castigar con el beneplácito de todas las naciones civilizadas.

dor, y de la necesidad en que diariamente nos hallamos de sus beneficios.

»Es una voz universal, cuyo lenguaje uniforme en todo el orbe cristiano, nos habla de los extremos de nuestra vida, en nuestro nacimiento y en la hora postrera: que ha estrechado entre vínculos de caridad á los habitantes de la candente Iberia con las orillas heladas del Neva; es una palabra sonora, comprendida por todos, que expresa en todas partes los mismos pensamientos, que emite los mismos votos, que no puede oírse fuera de Europa sin engendrar en el cristiano un estremecimiento involuntario y lleno de encanto. Todo está encerrado en aquellos sonidos: fe, recuerdos, patria, esperanzas; todo lo que llena el corazón humano; todo lo que enaltece sobre sí mismo; todo lo que lo separa momentáneamente de las necesidades vulgares á que está sujeto.» ¡Ay de mí! yo fui condenado á ignorar las emociones que tan sentidamente describió el viajero cristiano. Enmudecen ahora las campanas, y si algún repique solitario interrumpe el monótono silencio de las sierras, parece mas bien el toque de la agonía ó el doblar de un entierro.

He interrumpido las vicisitudes de los maronitas al llegar á la época de 1823; tiempo es ya de echar una mirada retrospectiva sobre los drusos, que desde aquel año forman con los maronitas una sola historia. No hay ninguno entre nuestros ilustrados lectores, que al estudiar la guerra de las cruzadas haya dejado de enterarse con horror de las traiciones que el Viejo de la Montaña, con sus fanáticas tribus de Assas (de donde deriva la palabra *asesinos*), hacían á los cristianos, y las mil alevosías con que intentaban bárbaramente sorprenderlos y matarlos, son aun mas interesantes que la estrategia indiana de Tipoo Shahib, que en sus luchas contra los ingleses, ya envenenaba las fuentes, ya cubierto con pieles de tigre ó elefante inmataba centinelas y oficiales; ya revestido con traje mujeril les daba la muerte, ofreciéndoles las caricias de la sensualidad. Los drusos se precian de descender de los alevosos Assas, y su historia no desmiente el nombre de asesinos que han adoptado; pero su instalacion definitiva en el Líbano se remonta solamente á la época de los Abasides y Omniades. Un monstruo insensato de la raza Fatmita (Haken), se hizo adorar como una divinidad á fines del siglo X; y su culto, como las supersticiones mas absurdas que halagan los sentimientos brutales, halló infinitos secuaces, quienes á su muerte, abandonando el Egipto, se refugiaron en las montañas de Siria para evitar las persecuciones á que estaban sujetos. Los maronitas, compadeciendo su desgracia, les cedieron un asilo, y dividieron sus peñas entre las hordas feroces que, sumisas y dóciles al principio, invadían los valles y penetraban en las sierras.

Los drusos viven principalmente en el Antilibano, y mezclados con los maronitas se encuentran en Schuf, frente de Saida; el Djebel-Druss está exclusivamente habitado por ellos, y allí poseen cuarenta ciudades y trescientas aldeas. Los autores que se han ocupado en estudiar profundamente este pueblo, y han esclarecido con bastante acierto su religion y política, son M. de Sacy, y Basil, obispo de Sidon. Un turco depravado, llamado Duzzi, dió su nombre, y fué el primer profeta de esta secta hakemita, que desde su instalacion en el Líbano ha sido una fuente inagotable de calamidades para los cristianos.

Los puntos principales de la teosofía drusa, que guarda mucha analogía con la de los indios y antiguos caldeos, son los siguientes: Dios se encarnó diez veces; la última vez en el califa Hakem. El califa volverá á la tierra el día del juicio final y reinará por la fuerza del sable. Anunciarán su llegada las disensiones entre los reyes y el triunfo de los musulmanes sobre el cristianismo. En aquel día solemne Hakem recompensará á sus secuaces, les dará oro é imperio, y el género humano les obedecerá como esclavo. El odio al nazareno es la base fundamental de la secta. Cinco son los profetas: el principal es Kamse, autor del Evangelio, libro fundado en la sapiencia universal. Los drusos se dividen en dos clases: los iniciados y los ignorantes. Creen en la metempsicosis, ó mejor en un maniqueísmo desfigurado, y reconocen, como los indios, la existencia de un principio ó espíritu malo llamado Iblis, que lucha constantemente con el espíritu bueno, llamado Hares.

Jamás pronuncian el nombre de Dios; no tienen mezquitas; no consagran sacerdotes; sus elucubraciones son siempre secretas, y presididas por el jefe de los iniciados; se reúnen cada treinta noches en medio de ruinas, en un valle ó debajo de un árbol verde: *Pedibus in medijs nudoque sub ætheris axe* (En. L. II). Adoptan para reconocerse unas palabras convencionales; los iniciados se saludan con esta fórmula: «En vuestro país, ¿dónde se siembra la simiente del trigo?» Contestando el afiliado: «Se siembra en el corazón de los creyentes.» Su culto exterior es hediondo, y recuerda los saturnales de Eleusi; en sus elucubraciones, en las que intervienen sin distinción mujeres y hombres, se procede á inmundas orgías, sobre cuyos detalles correré un velo; por eso los drusos aunque se casan aparentemente con una sola mujer, desconocen entre sí los vínculos de familia; padre, madre ó hijos se separan cuando les acomoda, y la *adelfogamia* ó matrimonio entre hermanos está permitida. Símbolo principal de su religion, y aun mas de sus tendencias, es el becerro de oro; sea que hayan conservado la tradicion egipcia del buey Apis, emblema de Usiris, sea que sigan la de los antiguos hebreos. Algunos autores pretenden que el símbolo de los drusos haya degenerado en objeto de culto.

Por principio ejercen la hospitalidad, pero aunque valientes, son fanáticos, traidores y vengativos; de cuyas cualidades hacen fe los últimos acontecimientos. De lo expuesto se deduce fácilmente cuán hondo abismo separa á las dos razas que viven en la montaña, á pesar de la frecuencia de sus relaciones exteriores. En el siglo XVI, cuando Amurath III envió á Ibrahim-bajá desde el Cairo para invadir el Líbano, los drusos que por primera vez tomaron una parte activa en la defensa de sus sierras, en las que habían vegetado y crecido pacíficos y ocultos, se unieron para la causa comun con los maronitas y quedaron sujetos como estos á la tiranía otomana, si bien mitigada en favor de las tendencias anti-maronitas, con las que se captaban la benevolencia de sus vencedores. En aquella época reinaba entre los drusos la anarquía mas completa: la nacion estaba dividida en dos partidos, los yasis y los yamanis, que recuerdan las facciones inglesas de *white rose and red rose*, y las italianas de *bianchi e neri*; emblema de los yasis era una anémona blanca; los yamanis adoptaron la adormidera encarnada.

Este estado duró hasta que el emir Takredin, llegando al poder apagó las discordias interiores y concentró todas sus miras en sacudir finalmente el yugo musulmán; pero una expedicion formidable preparada contra el emir se opuso á sus proyectos, y Takredin que había entablado relaciones en ultramar con los príncipes europeos, dejando el mando de la montaña en manos de su hijo Ali, pasó á Florencia á la corte de los Médicis. La llegada de un jefe oriental despertó en la viva imaginación de los italianos las especulaciones mas absurdas sobre el origen y existencia de un puesto desconocido: la identidad de los nombres hizo derivar los drusos de un conde Dreux establecido en el Líbano desde las cruzadas; y el emir mismo fomentó estos rumores que le atribuían un aliado poderoso en la casa de Lorena. Despues de haber pasado nueve años en Florencia, y cuando ya el valiente Ali había puesto en derrota á sus opresores, volvió Takredin entre los suyos; y lleno de admiración de las bellas artes ausónicas, con la altivez de su trato, la novedad de sus costumbres, su afectado extranjerismo y el desprecio evidente en que tenía las artes primitivas de los drusos, se enagenó completamente el corazón y las simpatías de su pueblo.

Con motivo de haber construido un palacio á estilo europeo y adornádole con esculturas y pinturas que el islamismo proscribía, ardió de nuevo las discordias interiores, y aprovechándolas Amurath IV, ordenó al bajá de Damasco que sitiase por tierra á Beyruth, mientras cuarenta galeras la bloqueaban por mar. Allí, el hijo del emir murió en el combate; Takredin desesperado se retiró á la sierra de Nisca con pocos secuaces, desde donde (como Schamyl en las peñas del Cáucaso), luchó un año entero contra las fuerzas reunidas del imperio otomano: cogido por fin y entregado al sultan, pereció miserablemente ahogado en las aguas del Bósforo.

Sin embargo, los descendientes de Takredin continuaron reinando en la montaña hasta que les sucedieron los emires Chebah, cuyo jefe Bechir subió al poder á principios del siglo XVIII. Bajo el mando de Bechir se desarrolló mas particularmente el odio de los drusos contra los maronitas, y se estrecharon intensamente los lazos de union entre aquellos y los turcos.

La familia Chebah, segun informa Buchard, es árabe y natural de la Meca. Bechir había sucedido al emir Yusuf, muy querido en el Líbano por su dulce y justa conducta; detestado por lo mismo por Djeddar, el bajá tirano de San Juan de Acre. Bechir, á fuerza de durezas llegó á excitar el odio de los montañeses que se sublevaron contra su mando, y le obligaron á huir varias veces de su residencia en Deir-el-Kamar. Pero una estrella favorable presidía á sus combinaciones: el emir llegó á recobrar el poder, y nuevo Calígula, se ensañó mas bárbaramente contra los rebeldes, contra los maronitas y contra su familia.

En 1623 asesinó al cheik Gumbalat y otros. Un mes despues fingió ofrecer el perdón á sus parientes que erraban por la costa siríaca; y así que los reunió en Deir-el-Kamar les sacó los ojos y les arrancó la lengua con el objeto de que fueran excluidos del poder; la ley de los drusos prohíbe á los príncipes mutilados la sucesion al mando. (Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Trajes de caza. — Novedades de otoño. — Tres trajes diferentes de cazador, á saber: de caza á caballo, de caza á pié y de guarda-caza. — El Dorsay. — De las levitas, los chalecos y los pantalones. — Inconvenientes de los pantalones ajustados. — De las telas nuevas. — La elegancia en Baden. — Bailes y cacerías. — Descripción del figurin de este número que representa las últimas modas de la temporada de verano.

No se trata mas que de trajes de caza y de vestidos de otoño entre los elegantes parisienses. La moda masculina ha salido mejor librada por el verano que la moda femenina. Ha habido ausencia total de trajes blancos en Paris, y el sombrero de paja no ha tenido la osadía de mostrarse. En fin, puesto que no hay otra cosa, hablemos de los trajes de caza. Voy á describir tres: de caza á caballo, de caza á pié, y de guarda-caza.

El primero, altamente aristocrático, se compone de una levita de paño mezclilla con cuello, bocamangas y carteras de caderas de terciopelo carmesí. No lleva ribetes ni galones; pero sí un cinturón donde va el cuchillo de monte. El chaleco

de terciopelo carmesí está cortado muy largo y se abotona hasta arriba; el cuello es pequeño y alto. En cuanto al pantalón ajustado, se lleva de piel blanca de gamo, ó de punto blanco cruzado.

Para caza á pié se usa una casaquilla de terciopelo rayado ó de paño impermeable verde imperial ó gris ruso, larga de talle y corta de faldones, con cartera en las caderas y bolsillos grandes.

Todo vestido de cazador debe tener un crecido número de bolsillos.

El chaleco y el pantalón son de la misma clase que la casaquilla.

El chaleco se abotona derecho hasta el cuello. El pantalón está cortado de modo que pueda entrar fácilmente en botas altas de cuero que se ajustan con hebillas sobre el lado. Estas botas son muy fuertes, pues en la caza ocurre tener que atravesar pantanos y arroyos.

El traje de guarda-caza se compone de un levitín de paño verde, un calzon largo de terciopelo rayado, y altas polainas de cuero natural. El levitín se cierra sobre el pecho por medio de una doble hilera de botones de metal con cabezas de venado. El talle tiene el largo del busto, y los faldones son cortos y derechos sobre el delantero. Un galon de oro ribetea el cuello, las bocamangas, las carteras de los lados y la gorra.

El calzon de pana es ancho de piernas.

Pasemos ahora á las novedades de otoño. — Se anuncia como gran moda el dorsay, prenda tan conocida que su descripción me parece enteramente inútil.

Los trajes que se llevan en Paris durante las prolongadas lluvias que sufrimos, se reducen á la levita cruzada de paño negro y la levita derecha con una sola hilera de botones cerrada hasta la cintura, de uatina negra, azulada ó castaña.

Los chalecos no han cambiado de forma y se llevan los de chal lo mismo que los derechos con cuello ó sin él. Su largo por abajo es siempre el mismo.

Dícese que los pantalones conservarán su anchura actual, á la que se han acostumbrado ya los hombres. El pantalón estrecho tiene sus inconvenientes para muchos, y así no es de extrañar que la nueva moda se haya arraigado tan pronto.

En cuanto á las telas para paletós y sobretodos se dividen en dos clases muy distintas. Hay las chinchillas Montagnac, topelina y piel de oso que son de colores oscuros. Se trata de ribetear los paletós lo mismo que las casaquillas y las jaquetas. Todas las prendas en fin, llevarán un ribete de seda ó de lana.

Además, los sobretodos de lujo estarán adornados con pieles.

No puedo dar mas que indicaciones sobre las modas futuras en este artículo; el mes próximo hablaré como de cosas decididas.

El mundo elegante y aristocrático continúa en Baden; Baden es un segundo Paris durante la estacion de verano. Hasta es mas que Paris, pues atrae á su seno á todos los árbitros de las cuatro partes del mundo.

En este mes ha habido un baile espléndido en los maravillosos salones Luis XIV y Luis XV. Todos los tipos de la hermosura se encontraban en ese baile, así como todas las decoraciones del universo.

Las cacerías han comenzado el 15 de setiembre para continuarse hasta el 15 de marzo de 1861.

Terminaremos por la descripción de nuestro figurin que representa las últimas modas de la estacion de verano.

Primero se ve un niño de doce á trece años con un traje que hace furor actualmente.

Hay dos modos muy diferentes de vestir á los niños; les ponen el paletó y la chaquetilla, pero en todo caso sus vestidos deben ser anchos siempre.

Nuestro jovencito lleva pues exteriormente un pequeño paletó género saco de alpaga mezclilla ó de cachemira de Escocia, lo que no se parece en la fabricacion, pues una tela es infinitamente mas cara que la otra; en cuanto al corte, el paletó cierra derecho, se tercia y lleva un pequeño chal redondo.

Chaleco alto de chal cuadrado.

Pantalón ancho de muslo y casi justo por abajo.

El personaje siguiente lleva un vestido de tarde, género mixto, que presenta el sello de fantasía de las prendas llamadas á la Dorsay, y con el cual se pueden hacer visitas en el campo.

La pieza principal tiene en efecto el corte del dorsay puesto que el cuerpo no está separado de los faldones mas que por las piezas de los costados de debajo del brazo, que se añaden para indicar las curvas y dar anchura sobre las caderas, en el caso de que se quieran abotonar los botones de abajo. Lleva á los lados bolsillos con carteras, y los bordes exteriores van respunteados á cordoncillo.

Luego tenemos el traje de campo en toda la acepcion de la palabra; es de dril rayado. Primero vemos un paletó derecho desprovisto de forros; pues lleva únicamente una banda de la misma tela que cubre las solapas y que se prolonga hasta abajo. Este paletó cae exactamente derecho por delante y por detrás, y no lleva costura en medio.

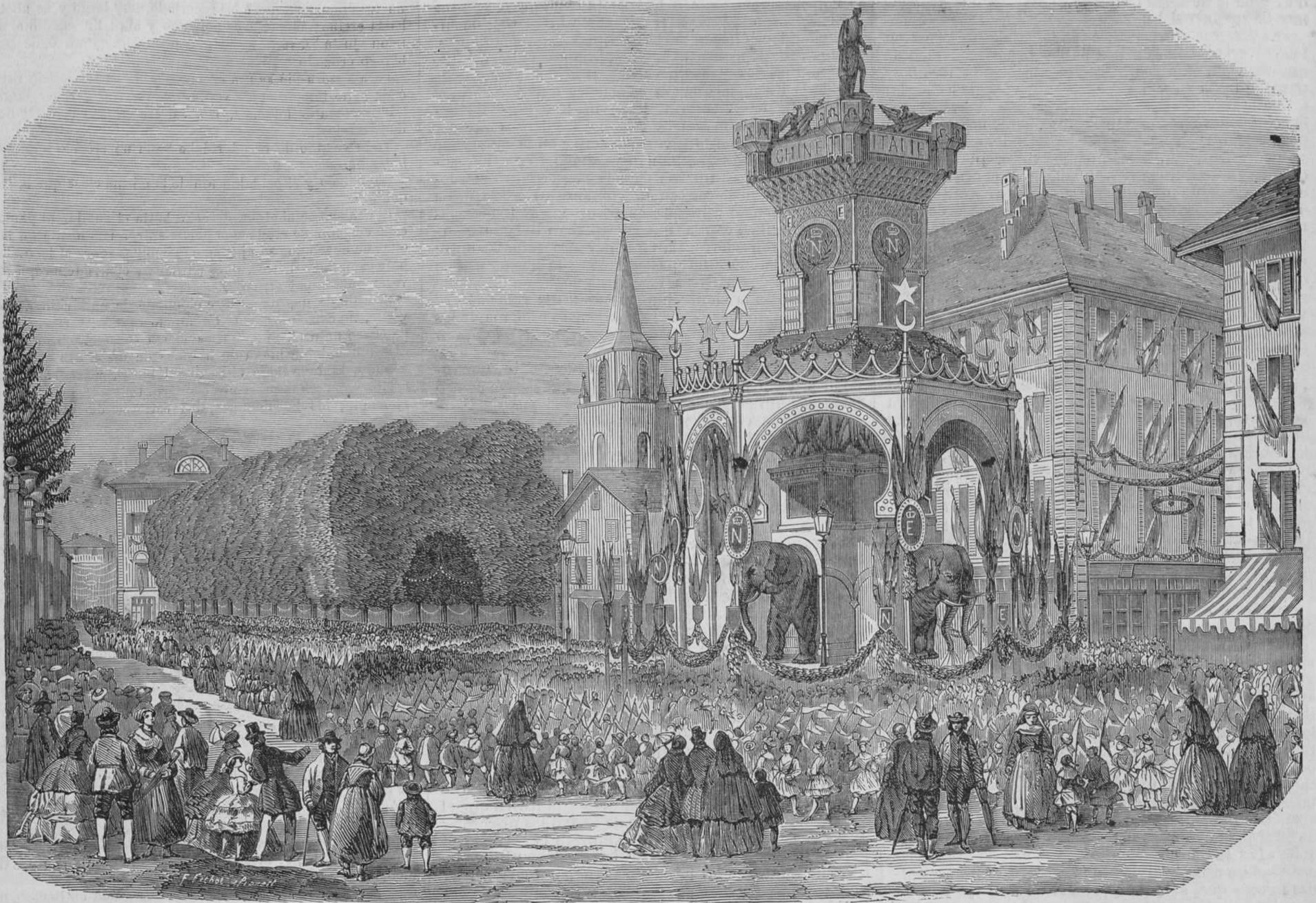
Mangas anchas sin forro, solapas pequeñas, cuello bajo y estrecho, y bolsillos á los lados.

El chaleco largo y el pantalón ancho y redondo por abajo.

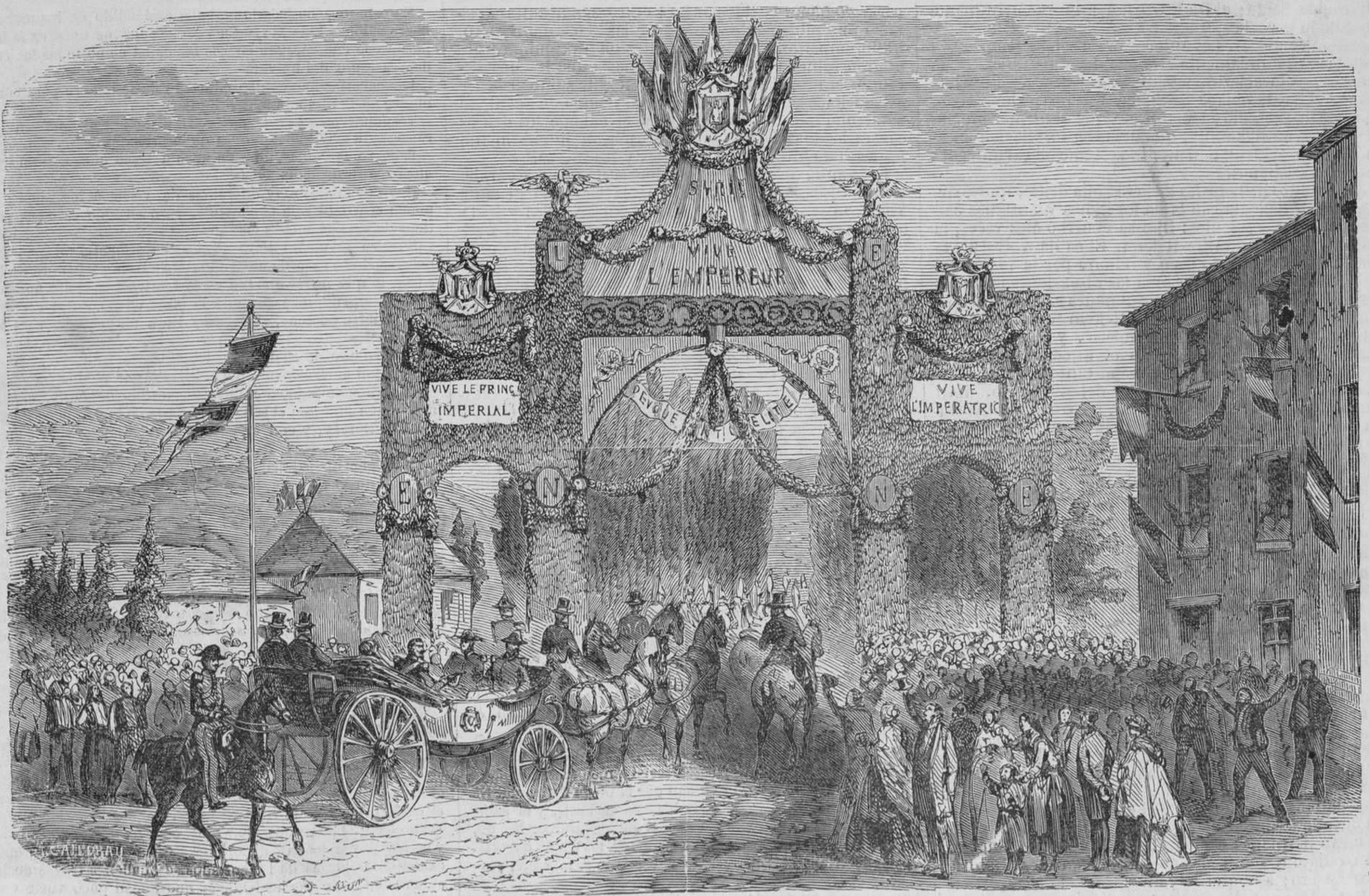
El último traje es de vestir. Se compone de una linda levita de alpaga inglés color de castaña, dispuesta derecha sobre el delantero. — Como va cortada justa y se cierra raza vez, el chaleco queda á la vista en parte, lo que siempre produce buen efecto. Las mangas son muy anchas; el cuello es bajo y las solapas pequeñas. El corte se parece al del dorsay; únicamente las piezas de los costados se añaden á través de la cintura, en tanto que los faldones que tienen poco vuelo van de una pieza con los delanteros.

En cuanto al pantalón de dril blanco tiene la forma ordinaria.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.



LOS NIÑOS DE LAS SALAS DE ASILO PASANDO POR DELANTE DE LA FUENTE DEL ELEFANTE EN CHAMBERY DESPUES DE HABER DESFILADO AL FRENTE DE SS. MM.



PASO DE SS. MM. POR LA CIUDAD DE AIX.